

Un viejo gato gris mirando por la ventana

TOÑO MALPICA

ILUSTRADO POR
ALBA MARINA RIVERA



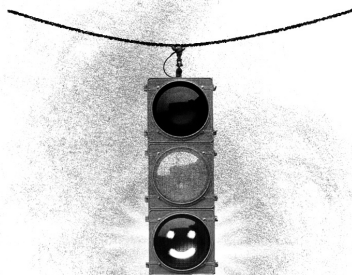
Un viejo gato gris mirando por la ventana

*A LA
ORILLA
DEL VIENTO*



Un viejo gato gris mirando por la ventana

TOÑO MALPICA



ilustrado por
ALBA MARINA RIVERA



Primera edición, 2014

Primera edición electrónica, 2014

Colección dirigida por Socorro Venegas

Edición: Angélica Antonio Monroy

Formación de la edición impresa: Miguel Venegas

© 2014, Antonio Malpica Maury, texto

© 2014, Alba Marina Rivera, ilustraciones

D. R. © 2014, Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.

Empresa certificada ISO 9001:2008



www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios y sugerencias:

editorial@fondodeculturaeconomica.com

Tel. (55) 5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc., son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicanas e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-2336-2 (ePub)

Hecho en México - *Made in Mexico*

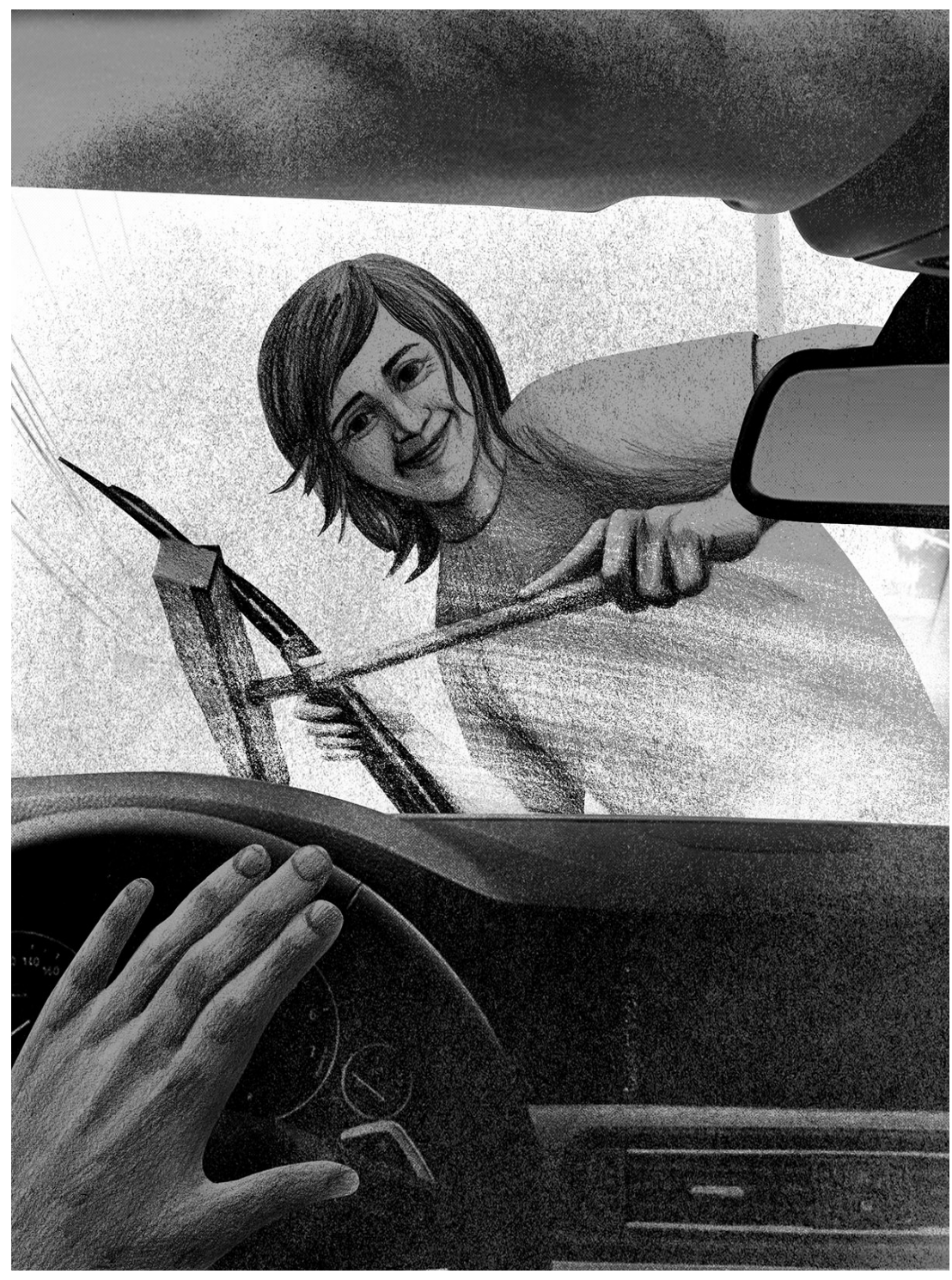
Para mi familia toda

Índice

Primera parte

Segunda parte

Tercera parte



Primera parte

Habría que decir, antes que nada, que si de algo me precio en esta vida —si se le puede llamar así, claro— es de mi renovada sensibilidad ante este tipo de cosas. ¿Por qué? Por una muy sencilla razón: porque son mágicas.

Porque ocurren muy de vez en cuando.

Y porque, para ser sinceros, son del tipo de magia que, en mi opinión, más vale la pena apreciar.

Nada que ver con hadas y duendes.

Ni con dragones o unicornios.

Estoy hablando del tipo de magia que verdaderamente hace que el mundo se vuelva distinto. Se transforme. Sea otro.

Y tiene que ver con cosas que, no por sencillas, son poco prodigiosas.

Un atardecer justo.

Un roce fortuito.

La imagen de uno mismo capturada en una gota de lluvia...

—¿Por qué demonios sonrío tanto, señor?

Eran las quince horas con veintidós minutos. Hacía un día soleado como pocos. Y Mario simplemente no pudo soportarlo más.

—Voy a bajar —le anunció el muchacho a Torreblanca.

—¿Qué? —dijo apenas el atribulado chofer.

La verdad es que no le dio tiempo de decir más. El muchacho ya estaba frente al auto, con uniforme escolar y todo, confrontando al

hombre de la goma y el jabón.

—¿Cómo? —respondió, asombrado, el limpiaparabrisas.

—¿Que por qué, si se puede saber, siempre está sonriendo?

—Este... no te entiendo.

La luz verde ya se había encendido en el semáforo. Los autos comenzaron su concierto de bocinas. Torreblanca sintió la obligación de bajarse del auto a ver qué pasaba.

—¿Tiene una especie de problema con la quijada y por eso no puede dejar de sonreír?

—¿Qué?

Hay que decir que en ese momento el limpiaparabrisas ya no sonreía. Estaba muy confundido como para sonreír. Y no hay que olvidar el escándalo de coches que les servía como telón de fondo.

La luz roja se había puesto en la calle transversal hacía varios segundos, y el hombre de la goma y el jabón se dio cuenta de que estaba perdiendo el tiempo en una plática que, de todos modos, ni avanzaba ni entendía. Forzó una mueca como de excusa y salió corriendo hacia allá, a seguir limpiando vidrios.

—Mario... ¿nos vamos? —intervino Torreblanca, igualmente confundido, mirando de soslayo a los autos que, al rodear el suyo, no dejaban de manifestar su descontento a claxonazos.

Y Mario, molesto como pocas veces, acalorado como pocas veces, subió enfurruñado al carro.

Cuando Torreblanca estuvo de nuevo frente al volante, ya se ponía la luz amarilla en el semáforo, pero por alguna razón sintió que era su obligación pasársela.

Y así lo hizo.

Ya enfilaba hacia la casa de los Balaustrada y, justo a los cinco minutos con cuarenta y cuatro segundos después del incidente, Torreblanca no pudo evitar preguntar:

—¿Se puede saber por qué hiciste eso?

Mario, por respuesta, lo miró con ojos fulminantes a través del espejo retrovisor, gesto con el que le hizo recordar que tenían una

deuda pendiente.

Ocurrió apenas hace unos meses, en la Ciudad de México. Se los puedo asegurar porque yo lo atestigüé todo. Desde ese primer día soleado de mediados de septiembre hasta el último, de lluvia torrencial, en que todo terminó, a finales de octubre.

Para más señas, soy el abuelo paterno de Mario, Humberto Balaustrada.

Y para aún más señas, fallecí en la carretera México-Cuernavaca cuando él tenía apenas seis meses.

Y para aún más innecesarias señas, vivo —es solamente una expresión, claro— en la misma casa que él, mi otra nieta, mi hijo y mi nuera. Decidí irme a vivir con ellos el mismo día en que me encontré, sin saber qué rumbo tomar, junto a un auto hecho añicos y unos paramédicos que luchaban en vano, en el acotamiento de la autopista, por reanimar mi exánime corazón.

Me mudé a la habitación de Mario cuando descubrí que, de todos los Balaustrada, era el único con el que me podía entender, aunque no pudiéramos conversar.

Esto fue mucho antes de que mi nieto pudiera hablar.

Lo supe por el modo en que el pequeño podía mirar el viento agitar las ramas de los árboles desde su ventana.

Lo supe por el modo en que podía escuchar el cuarto volumen de *The Great American Songbook*, de Rod Stewart.

Lo supe por la forma en que intentaba tolerar un hielo en la boca por el mayor tiempo posible.

Y tenía apenas dos años recién cumplidos.

A la semana siguiente, Torreblanca ya estaba advertido. Y, muy a su pesar, tuvo que consentir.

Vale aclarar que no era ninguna insignificancia la deuda que tenía con Mario.

Hacia seis meses y trece días que la había contraído.

Y tampoco era nada como para ser menospreciado.

Aquella vez, Torreblanca había tomado whisky toda la noche por una decepción amorosa. Y cuando amaneció, cuando tuvo que subirse al auto para llevar al niño a la escuela, aún estaba bajo los influjos del alcohol. Pero prefirió correr ese estúpido riesgo que confesarle a su patrón que no estaba en condiciones de manejar.

Fue Mario quien lo notó, apenas a dos cuadras de su casa.

Entre ambos tomaron la decisión de aparcar el coche, tomar un taxi y que Torreblanca esperara a Mario a la salida para hacer lo mismo pero en sentido inverso.

Mario nunca lo delató.

Y Torreblanca quedó en deuda con él. Hasta ese día.

—Me llevas, buscas lugar y vamos a hablar con ese señor.

—Sí, Mario —fue la dócil respuesta del chofer durante el trayecto a la escuela.

Así que cuando, seis horas con treinta y dos minutos más tarde, lo recogió en la puerta del colegio, ya estaba advertido.

Aunque sí se atrevió a hacer una mínima pregunta.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué el interés de hablar con un simple limpiaparabrisas?

Como respuesta obtuvo una segunda mirada de desdén por el espejo.

Vale la pena decir también, porque he estado ahí todo el tiempo, que Mario es un chico excepcional.

Tiene un coeficiente intelectual bastante superior al promedio.

Si tuviera que aventurar un cálculo, diría que anda por los 143 o, tal vez, 144.

No sé si sea un genio, pero sí sé que comprende todo a la primera. Mete en aprietos a sus profesores cuando puede, pero

tampoco se envanece mucho por ello. En general, creo que si tuviera que definir su verdadero talento diría que es el de la observación.

Por ejemplo, comprendió por sí solo cómo funcionan varios aparatos domésticos de su casa.

Cómo funciona la cotidianidad.

Y cómo funciona el mundo, en sus más coloridas y disparatadas variaciones.

Esto último, a decir verdad, es lo realmente importante de esta historia.

No fue difícil encontrar un estacionamiento cerca, aunque hay que decir que a Torreblanca le causó bastante angustia intercambiar un BMW casi recién sacado de la agencia por un mísero papelito de nada.

Pero es un hecho que le debía una a Mario.

Y todo lo hizo sin chistar.



Caminaron hacia la esquina en cuestión. El calor estaba por los treinta punto cinco grados centígrados. Más o menos como el día anterior. Y como el día anterior al anterior. Y como la semana anterior, cuando se produjo el primer encuentro. Mario por delante, Torreblanca a la retaguardia; ambos se dirigieron hacia el mismo punto. En cuanto tuvieron a la vista a los limpiaparabrisas de ese cruce, se detuvieron.

Mario hizo su análisis a la distancia y negó varias veces con la cabeza.

Al fin, se acercó. Se paró a pocos metros de él, sobre la calle, entre los autos.

—¿Mande? —dijo el hombre en cuestión. Y, casi al instante:— Ah... ¿no eres tú el de la otra vez?

—Sí.

—¿Qué quieres?

—Primero disculparme.

—¿Y después?

—Pues... volver a lo mismo. Preguntarle por qué siempre está sonriente.

—No me fastidies, niño.

—Es que es cierto.

—No jorobes.

—De veras. Siempre está usted sonriente.

—Que no me jorobes...

Tomó el hombre la propina que le extendió el conductor en turno. Se encaminó a la banqueta. Mario y Torreblanca, tras él. Torreblanca con el semblante de quien sabe que está a punto de perder su empleo.

El semáforo hizo lo suyo.

—¿Es usted un hombre muy feliz? —insistió Mario, impidiendo al hombre seguir con su labor del otro lado de la calle.

—No sé. No creo.

—¿Por qué?

El tráfico regular arrojó hacia ellos viento caliente, gases contaminantes y algunas partículas de polvo.

—No sé. Porque tengo una vida muy cualquiera, supongo.

—Pero...

Aquí hay que hacer una acotación, porque es un dato en verdad relevante: Mario Balaustrada, a pesar de ir en quinto grado de primaria, no era ningún improvisado. Y comprendía perfectamente en lo que se estaba metiendo.

Había pensado mucho en esa intervención porque para él era como contaminar una muestra de laboratorio. Tenía un vivo interés en la ciencia y sabía que un observador debe mantenerse al margen de su objeto de estudio o puede distorsionar el resultado. Había visto suficientes documentales en la tele como para saber que si eres buen científico, por mucho que te duela, no debes impedir que un león mate a una gacela bebé; por el beneficio de tu investigación. Pero también sabía que, siendo un niño de once años, sus posibilidades eran muy pocas.

—...Mire —sacó su celular y se lo mostró.

Había capturado, a lo largo de la semana, por lo menos cinco fotos en las que el hombre estaba sonriente. Sonriente y limpiando vidrios. En una hasta se le veía silbando.

—Fíjese bien —añadió Mario. Y le hizo mirar ahora a sus compañeros—. ¿Quién de los demás está sonriendo? Nadie.

—Bueno... pues... será que...

—¿Que qué?

—Que quién sabe —resolvió el hombre después de un rato. Y se rascó la melena.

—Le voy a decir algo —dijo Mario—. Yo paso por aquí, cuando él me recoge de la escuela, todos los días de lunes a viernes. A veces nos toca el alto. A veces no. A veces nos limpia usted el vidrio, a veces no. Y siempre está sonriendo.

—Qué chistoso, ¿verdad? —y, como si se soltara un resorte, sonrió.

La verdad sea dicha. Hasta ese momento, Torreblanca lo notó. Y también se alegró. Y algo en el polvo y el esmog y la basura pareció componer un cuadro mínimamente hermoso con esas tres personas charlando sobre asuntos extraordinarios en una esquina bastante ordinaria. Lo sé porque ahí estaba yo entre ellos.

—Y si no tiene ningún problema con la mandíbula —dijo Mario con cierta timidez—, entonces es otra la razón. Y... bueno... la verdad... —miró hacia los lados, se rascó la nuca— la verdad es que me gustaría mucho saberla.

Será que sólo una persona en un millón tiene la capacidad de abrigar ese tipo de dudas.

Mario Balaustrada había estado varias veces en Nueva York y otras tantas en París. Y en Cancún y en Los Cabos. Y tenía en su casa una alberca en la cual zambullirse cuando hacía calor. Y una chimenea en la cual calentarse cuando hacía frío. Y hasta un caballo en un rancho de provincia al que él mismo había puesto el nombre. Y su propia iMac y su propio iPhone y su propio iPad...

Pero no era esto lo que en verdad lo definía.

Sí, en cambio, otras minucias.

Por ejemplo, que coleccionaba insectos y era aficionado de *Star Wars*, *Star Trek* y *Doctor Who*; que había leído en inglés y en español casi todo el *Mundodisco*, de Terry Pratchett; que le encantaban los cantantes masculinos de jazz.

Pero, sobre todo...

Que soñaba con besar algún día a Marisol Fuentes, la niña que se sentaba a dos bancas de la suya; que tenía miedo de los perros grandes; que se ocultaba en el baño a comer los chocolates que a veces hurtaba de la alacena...

Y así. Entre otras cosas.

Aquí una muy importante, que además ya mencioné: que era muy observador.

Y acá otra: que tenía una gran capacidad para detectar detalles que otros no.

Era, como ya dije —y de eso estoy completamente seguro—, una persona en un millón.

Así que el trato fue realizar entrevistas martes y jueves a cambio de una buena comida en un restaurante cercano al cruce en cuestión... hasta dar con la respuesta.

Mario ni siquiera tuvo que inventarse una actividad escolar para que no le hicieran preguntas en su casa. Ya veremos más adelante por qué.

Pero sí extorsionó —aunque sólo un poco— a Torreblanca para que no lo delatara y, además, lo acompañara.

En su muy analítica forma de ver las cosas, se trataba de un estudio científico en toda forma. Antropológico, tal vez. Psicológico, quizás.

Y como no veía el modo de seguir a su objeto de estudio —es decir, a Manuel Gutiérrez, limpiaparabrisas de profesión— en la rutina de su vida, prefirió entrevistarle minuciosamente a través de un muy bien preparado cuestionario. Martes y jueves.

Escogió las preguntas con mucho cuidado pues, en realidad, le interesaba sólo un dato. Y era primordial que éste saliera a la luz sin tener que preguntarlo directamente. Ya se había dado cuenta de eso. Mario era un chico que aprendía de sus errores.

Así que el primer martes se presentó puntual con Torreblanca en el restaurante. Manuel Gutiérrez llegó únicamente dos minutos con veintiún segundos más tarde.

Pidieron los tres la misma sopa: fideos.

En el guisado variaron. Gutiérrez prefirió carne asada, en vez de pollo.

Y agua de jamaica, en vez de horchata.

Postres idénticos también: helado, aunque de distintos sabores.

Vainilla. Fresa. Chocolate.

¿Café? No, gracias. Ninguno.

Y así, por el estilo, durante cuatro sesiones de entrevistas.

Cuatro sesiones muy ilustrativas.

Hay que decir ahora que aquella tarde en que Mario le dijo a Torreblanca: “Voy a bajar”, y que le plantó cara a Gutiérrez para preguntarle por qué demonios sonreía tanto, había ocurrido algo en la escuela.

Algo que acaso detonó todo el asunto.

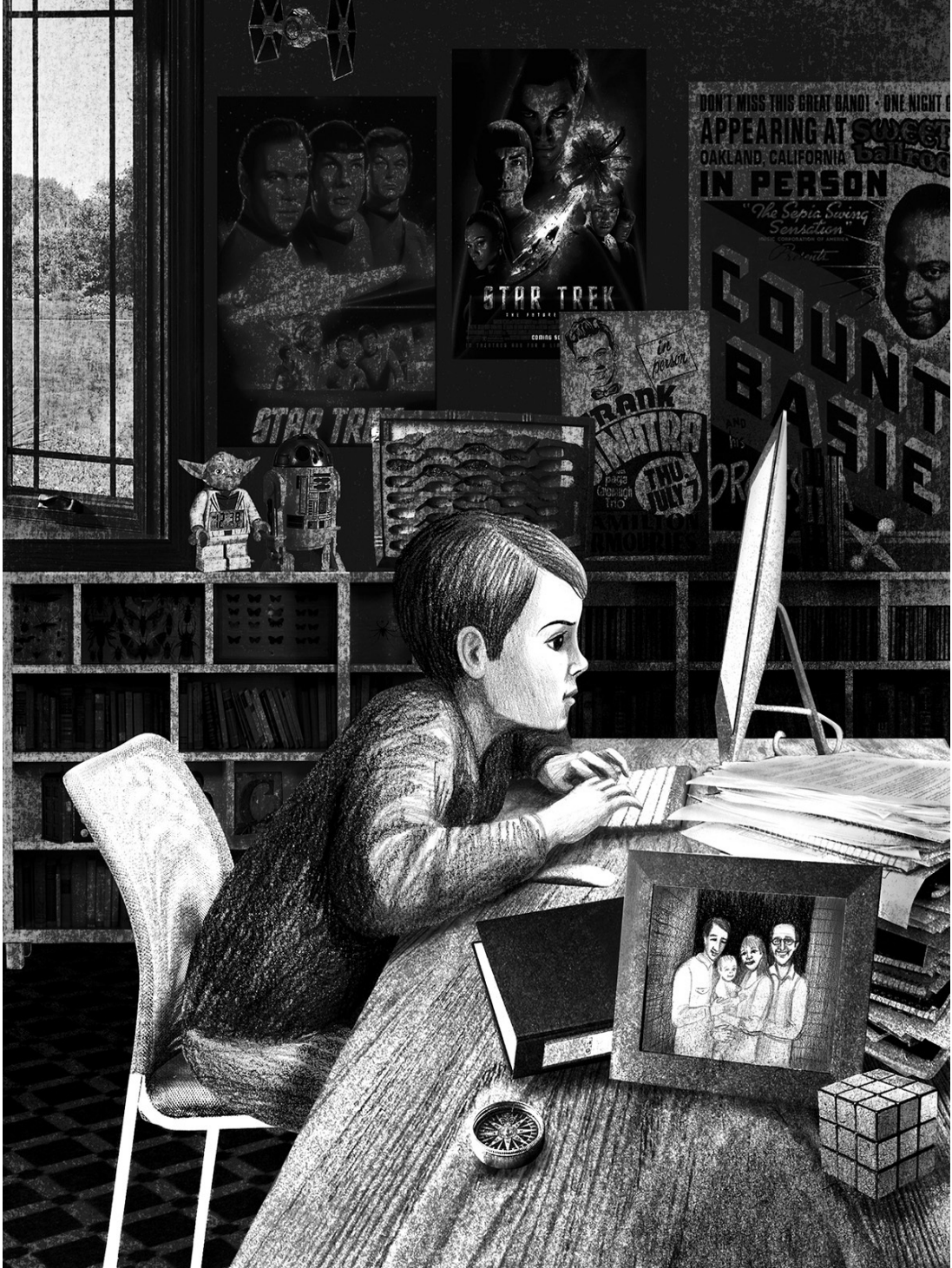
Tuvo un altercado con un profesor.

Un profesor que había entregado a sus alumnos, esa misma mañana, los exámenes del periodo. La mayoría con calificación reprobatoria.

Aquí entre nos, Mario obtuvo un seis punto cinco, aunque pudo haber obtenido un nueve. El ánimo pesimista que detectó entre sus compañeros cuando el profesor aplicó el examen, una semana atrás, lo hizo decidirse por responder deliberadamente algunas preguntas mal. Siempre había rehuído a quedar bajo la etiqueta de “ñoño”, “nerd”, “cerebrito”.

¿Recuerdan su coeficiente intelectual?

Pues es algo que sólo yo sabía. Ni siquiera sus padres. O sus profesores.

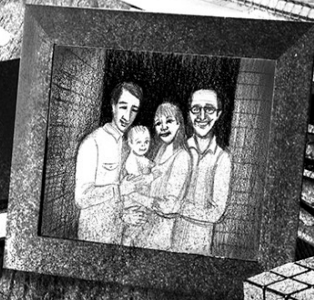


DON'T MISS THIS GREAT BAND! - ONE NIGHT ONLY
APPEARING AT SWEET
OAKLAND, CALIFORNIA
IN PERSON

"The Septa Swing Sensation"
Presenting
COUNT BASIE



STAR TREK



El caso es que el profesor se quejó amargamente frente a la clase de las malas calificaciones, con la inevitable regañina al grupo entero.

Hubo uno —podemos suponer quién— que se atrevió a insinuar que, dada la contundencia y la generalidad de los resultados, tal vez el problema se encontrara en el docente y no en el alumnado.

Esto —nos lo podemos imaginar también— no fue bien acogido por el profesor y dio pauta al altercado del que ya hablamos.

Un altercado que, por cierto, fue acallado por el mentor con un simple ademán.

Así que la cara agria del profesor acompañó a Mario hasta la hora de salida. Y en el momento en que se subió al auto. Y en el que saludó de mala gana a Torreblanca. Y en el que miró la ciudad pasar frente a sus ojos. Y luego, cierta cara que, como ya sabemos, lo hizo apearse con cierta urgencia.

—¿Por qué demonios sonrío tanto, señor?

Fue al final de las cuatro entrevistas cuando Mario tomó la resolución.

Pero tuvo que esperar a que su padre volviera de Londres para continuar con la segunda parte de su plan.

Fueron dos semanas más en las que estuvo recabando evidencias, por decirlo de algún modo. Y leyendo libros. Y haciendo llamadas. Y llenando gráficas.

Dos semanas en las que, afortunadamente, no dejó de ver sus películas de ciencia ficción, leer sus libros del *Mundodisco*, atender su hormiguero, escuchar su música de las grandes bandas y los grandes *crooners*.

Le escribió un correo a Marisol Fuentes, aunque decidió no enviarlo en seguida; lo dejó esperando en la bandeja de salida de su cuenta de e-mail.

Se dio de baja por internet del club de ajedrez.

Renunció a su columna en el periódico infantil de la escuela.

Fue un martes a las diez cuarenta y uno cuando se armó de valor y entró a la sala de televisión justo cuando su mamá y su papá discutían con las noticias de fondo. El color del mosaico del nuevo cuarto que estaban construyendo en el ala oeste era la razón del pleito. Luisa, la señora de la casa, estaba a punto de llorar porque, en su opinión, Raúl Balaustrada, mi hijo, director corporativo de una firma internacional de asesoría financiera, siempre la descalificaba hasta para esas tonterías. Raúl, por su parte, atendía más lo que pasaba en el mundo que lo que pasaba frente a sus narices.

Mario entró con sus hojas, apagó la tele —sí, apagó la tele—, se sentó en el sofá y, sin esperar reacción alguna, arrojó la bomba:

—Dejo la escuela para siempre.

En este punto me gustaría aclarar que Raúl Balaustrada fue un niño feliz y un niño bueno.

Pero el tiempo no pasa en vano. Y cada decisión implica una renuncia.

Y Raúl Balaustrada, como todo el mundo, tomó sus propias decisiones —y acató sus propias renunciadas— con el paso de los años.

—¿Qué estupidez dijiste? —sentenció el señor Balaustrada.

Permítanme volver sobre cierto punto.

Es muy gratificante tener sensibilidad para este tipo de cosas.

Lo dije antes y lo repito ahora.

Créanme.

Muy gratificante.

Y cuando se es más aliento que carne, más aire que pellejo, pues... viene con el paquete.

Sentir el sol en la cara.

Percibir cada nota y cada tiempo en un cuarteto de cuerdas.

Ser uno y el mismo con el aroma del pan recién horneado.

Porque lo recuerdo perfectamente.

Tenía Mario cuatro años; Raúl, treinta y ocho.

Yo, tres y medio de haberme roto la cabezota y de haberme mudado con todos mis huesos —es una expresión, claro— a la casa de mi hijo.

Pero la memoria es persistente. Más aún si no se proyecta sombra alguna en el pavimento.

Raúl tomaba de las muñecas a Mario y lo hacía girar y girar y girar en el jardín.

La risa.

Una risa de un millón de dólares.

Créanme esto.

Por eso un recuerdo así es como una vela encendida en el fondo de un oscuro abismo.

Esa fue la vez número mil de un total de mil doscientos ochenta y cuatro. Un 7 de mayo a las tres dieciséis de la tarde. La número mil.

Lo sé porque yo estaba ahí.

La vez número mil que rieron juntos.

La mil doscientos fue seis meses y nueve días después.

Y la última, la mil doscientos ochenta y cuatro, un año, cuatro meses y veinte días después.

Hace más de doscientas semanas.

¡Doscientas semanas!

Una pequeñísima vela de pastel al centro de una oscura e inmensa bóveda.

—Que dejo la escuela para siempre porque es una total pérdida de tiempo. Y también el tenis y el tae y...

—Luisa, por amor de Dios, llévate al niño de aquí. No tengo

tiempo para estas idioteces.

—Ven, mi amor. Vamos a que duermas.

—Quería avisarles. Y además quería que...

—Sí, sí, sí. Vete a dormir.

—Es que quiero que veas esto, papá, porque...

—¡Luisa!

—Sí, Raúl. Ven, Mario, no hagas enojar a tu papá.

Es buen momento para decir que Luisa Sierra se casó enamorada. Y que permaneció así por setecientos veinticuatro días.

Mario fue por delante, cargando sus hojas. Su mamá, por detrás, mirando la pantalla de su celular.

Un corredor. Unas escaleras rodeando una fuente. Otro corredor. La habitación pastel de la pequeña Mónica Balaustrada, durmiendo el envidiable sueño que duermen los envidiables niños menores de un año.

La señora se detuvo en el dintel de la puerta de la habitación de su hijo mayor.

¿La última vez que lo arropó y le dio un beso y le apagó la luz? Cuando Mario tenía poco más de siete años, un veinte de agosto.

—No vayas a bajar de nuevo.

—Mamá, ¿escuchaste lo que dije?

—No quiero que hagas enojar más a tu papá.

Mario pensó en las mañanas que pasaba ella frente a una máquina tragamonedas. En lo mucho que se alegraba cuando ganaba. En lo mucho que se entristecía cuando perdía. En las horas que pasaba con sus amigas. Los minutos que pasaba con él. Las centésimas de segundo que pasaba con Mónica.

Le pareció, de pronto, que esa era una horrible habilidad suya, la de percibir en la trama, en el paisaje, lo que otros no. Y deseó no tenerla. Y quiso ser un poco más ciego y más tonto.

Y más...

No pudo articular el adjetivo. Porque, al final, eso era lo que estaba buscando con tanta decisión.

Igual se atrevió a decir, desde el fondo de su cuarto:

—Mamá. Que conste...

Pero Luisa Sierra ya no lo escuchó. Miraba y comentaba el video de la boda de la hija de una amiga mientras hacía el camino en sentido inverso: corredor, escaleras, estancia, discusión, lágrimas.

—...que les avisé.

Habría que poner atención en, por ejemplo, unas vacaciones familiares, para poder comprender mejor el punto.

Las pasadas, en Cancún, sin ir más lejos, podrían servirnos.

Una pequeñísima postal de alberca.

Mónica Balaustrada en el chapoteadero. Atendida por su nana, claro. Los Balaustrada jamás viajan sin una nana.

El señor Balaustrada atendiendo el teléfono y mirando su tableta y maldiciendo por lo bajo.

La señora Balaustrada, ni siquiera en el cuadro, dormida en la habitación o dormida en el spa o dormida en la playa.

¿Mario? Leyendo algún libro gordo. Ocasionalmente lo veremos entrar al agua y gritarle a su papá que si no lo acompaña y resignarse cuando éste le responda “luego, luego” y volver a su camastro y volver a su lectura.

Si apartamos la vista por unos instantes, podremos advertir que, a los pocos minutos...

La pequeña Balaustrada duerme, indiferente, en los brazos de su nana.

El señor Balaustrada ya está pidiendo un boleto por internet para volver antes a causa de algún problema en la oficina.

La señora Balaustrada se broncea la espalda en un camastro. Dormida, sí.

El joven Balaustrada lee y piensa que si fuera más hábil con los pies o con las manos o con las diversas formas de integración social se iría a la playa a jugar con aquellos niños que ríen y se empujan y ocasionalmente gritan gol. En cambio, termina por concluir que el *Mundodisco* no está tan mal, después de todo. Y se enchufa a su música y se desenchufa de la realidad. Y eso.

Fin de la postal.

—Señora, Mario no quiere que lo lleve a la escuela.

Torreblanca, después de mucho hablar consigo mismo, decidió que ya había pagado su deuda.



Que era momento de correr el riesgo.

Para su fortuna, la señora Balaustrada estaba en casa. Atendía su programa de televisión matutino mientras se ejercitaba en el

gimnasio.

Después de soltar un par de imprecaciones, apagó la caminadora. Siguió a Torreblanca dando un trago a su botellita de agua. Lo rebasó en el hall. “Espere aquí”, le dijo. Subió las escaleras, etcétera.

Finalmente se detuvo en el mismo sitio donde se había parado la noche anterior.

—¿Qué pasa contigo?

Mario, pese a todo, estaba vestido. Y peinado. Y aguardando.

Y con un mp3 de Frank Sinatra sonando bajito en las bocinas del iPod.

Lo tenía todo previsto.

Y corrió esa parte del *script* en su mente como si sólo se tratara de pulsar un botón de “play” imaginario.

—Se los dije ayer. Ya no pienso ir a la escuela.

—No digas tonterías. ¿Ya desayunaste?

—Ya.

—Pues entonces agarra tu mochila y súbete al carro, que vas a llegar tarde.

—Que no.

En el fondo lo disfrutaba. Su mamá últimamente no lidiaba absolutamente con nada. Ni siquiera con las enfermedades. Hasta el más insignificante catarro lo resolvía con una llamada al pediatra, quien se presentaba puntual a atenderlo a él o a su hermana y cobrar sus honorarios. Sería un buen cambio en la comfortable rutina.

Luisa Sierra se sentó en la cama destendida. Tomó de su agua. Se peinó en el opaco reflejo del monitor de la computadora. Se palpó el vientre. Aprobó en secreto.

—¿Te hicieron algo en la escuela?

—No.

—¿Algún niño te molesta?

—No.

—¿Entonces?

—No quiero ir. La escuela es una pérdida de tiempo.

La señora Balaustrada abrió la boca histriónicamente. Se miró a sí misma, de nuevo, en el monitor. Le gustó cómo caía un rizo, casualmente, sobre su mejilla. Se preguntó por qué no le habrían llamado para el *casting* de aquel comercial de cosméticos.

—Mario, no digas tonterías. Vete a la escuela ya, que vas a hacer que me dé una jaqueca.

—No —y aunque sabía que sería inútil, le extendió sus hojas, a las que ahora les había puesto un sujetador y las había metido dentro de un fólder—. Pero, si te interesa... aquí está todo.

Efectivamente, Luisa Sierra abrió el fólder, lo ojeó, lo volvió a ojear, pensó que no podía llegar tarde a la galería de arte donde pensaba adquirir los nuevos cuadros del nuevo cuarto que... Aunque había que adquirir algo azul y no beige porque Raúl decidió ayer que...

—¿Es una broma o qué?

—No.

Tomó entonces el teléfono, lo desbloqueó, marcó.

—Contesta... contesta... contesta...

Pero no. El señor Balaustrada no contestó.

Volvió a intentar.

Y otra vez, de vuelta.

También esto, hay que decirlo, se encontraba en el *script* mental de Mario.

Y otra vez.

—¿Es una emergencia, Luisa? ¡Estoy en conferencia con unos clientes en Miami!

—Es que...

—¡Entonces no me llames, maldita sea!

Un silencio incómodo.

Frank Sinatra pidiendo que lo llevaran a la Luna.

Según Mario, había muy pocas probabilidades de que el asunto se tornara violento. Pero estaba preparado. Aun eso estaba en su diagrama de flujo.

Y tenía también un plan.

No obstante...

—Ya verás en la noche que venga tu padre, desobediente. Ya verás.

Pausa mental.

Y Frankie Boy hilando la mañana.

Una mañana que para Mario consistió en preparar una maleta, lamentar un poco su incipiente ateísmo —pues en otro momento de su infancia habría esbozado una plegaria; ahora, en cambio, ni cruzar los dedos—, organizar su música electrónica, sus libros electrónicos, sentarse media hora frente a su buzón de correo electrónico y ver cómo el botón de “enviar” adquiría dimensiones épicas, a la vez que traía a su mente, no sin algo parecido al dolor, cierto cabello, ciertos ojos, cierta falda, ciertas calcetas.

Yo, por mi parte, aproveché para hacer un viaje expés al cuarto de azotea en el que un hombre vivía con su madre de sesenta y dos años.

Me imaginé una cama extra.

La verdad, no pude.

Un plato extra.

Tampoco.

Volví a la mansión Balaustrada con sumo interés de lo que habría de acontecer en las próximas horas.

—¡Involúcrate, Raúl! ¡Son tus hijos también!

El grito resonó en toda la casa. Eran las nueve y treinta y dos de la noche. Y el señor Balaustrada seguía contestando correos en su celular cuando aventó su saco sobre un sofá.

—¿No es suficiente con que me parta el lomo todos los días, con un demonio? —dijo sin dejar de poner un “OK” al aviso de embargo de las oficinas de un cliente moroso en Sudamérica. Movimiento

magistral, por cierto. Una “O”. Una “K”. Botón verde. Y sin dejar de caminar en dirección a su cuarto.

Se puso las pantuflas. Se mojó la cara en el baño de su habitación con el teléfono repiqueteando sobre el lavabo. Contestó con dos dedos la llamada y puso el altavoz. Desdeñó otra en espera. Cambió del español al inglés. Del inglés al español. Prendió la tele. Se arrellanó sobre la cama. Se despidió de su interlocutor. Marcó por el teléfono fijo a la extensión de la cocina. Pidió media baguette de jamón serrano y germen de trigo. Encendió la tableta.

La señora Balaustrada, en el marco de la puerta, como una aparición.

—¡Raúl...!

—¿Qué quieres que haga? ¡Obliga al niño!

—¿Cómo? ¿Lo amarro y lo aviento a la cajuela del coche?

El celular anunció la llegada de un nuevo mail.

Raúl miró a su esposa. Resopló.

Apagó la televisión. Miró su reloj de pulsera.

Se apartó de la cama.

Yo, la verdad sea dicha, ya estaba cruzando los dedos. Y aunque sigue sin constarme que sea de alguna utilidad... , también esboqué una plegaria.

Si vale de algo, me gustaría acotar que recordé, en ese momento, por alguna razón, aquella vez en que Raúl y yo nos subimos cinco veces seguidas a la montaña rusa de Chapultepec.

A lo mejor me asaltó ese recuerdo por la forma en que me miraba cada vez que me preguntaba: “¿otra?” y yo le respondía, gustoso: “sí”.

Tenía dieciséis años.

Ya era más alto que yo.

Y un par de veces me abrazó en la fila, sin causa aparente.

—Dame el resumen —dijo, apretándose el puente de la nariz, después de ojear a toda prisa el mamotreto de hojas que le extendió su hijo con gráficas, estadísticas, informes, fotos...

—Es que... —dijo Mario, perfectamente entero— me gustaría que lo leyeras todo.

—No tengo tiempo.

—Por lo menos ve la página treinta y siete.

—No... Tengo... Tiempo.

—La treinta y siete.

—Mario, nunca te he pegado, pero...

Mario no le quitó los ojos de encima, a pesar de que la pierna izquierda le empezaba a brincotear.

También eso lo tenía en su guión mental: que alguien, en algún momento, podría intentar obligarlo por la mala. Y ese alguien podría y tendría que ser su padre. Por primera vez en su vida, pues también por primera vez se oponía con tanta determinación a obedecerlo. Pero no creyó que se sentiría tan atemorizado al llegar el momento. Afortunadamente había practicado para que no se le notara. Y desvió la mirada. Y apretó la mandíbula. Y fingió mirar sus hojas.

Y, palabras más, palabras menos, esto fue lo que dijo:

—El resumen. Está bien. Decidí dejar la escuela porque lo considero una total pérdida de tiempo para mí y un inútil derroche de dinero para ti.

Se encontraban en la mesa del comedor grande, el de las doce sillas de caoba con respaldo alto. Luisa y Raúl se miraron por unos tres o acaso cuatro segundos.

—¿Qué tamaña tontería es esa? ¿Una pérdida de tiempo? —dijo Raúl, mirando su reloj de pulsera.

—Sí.

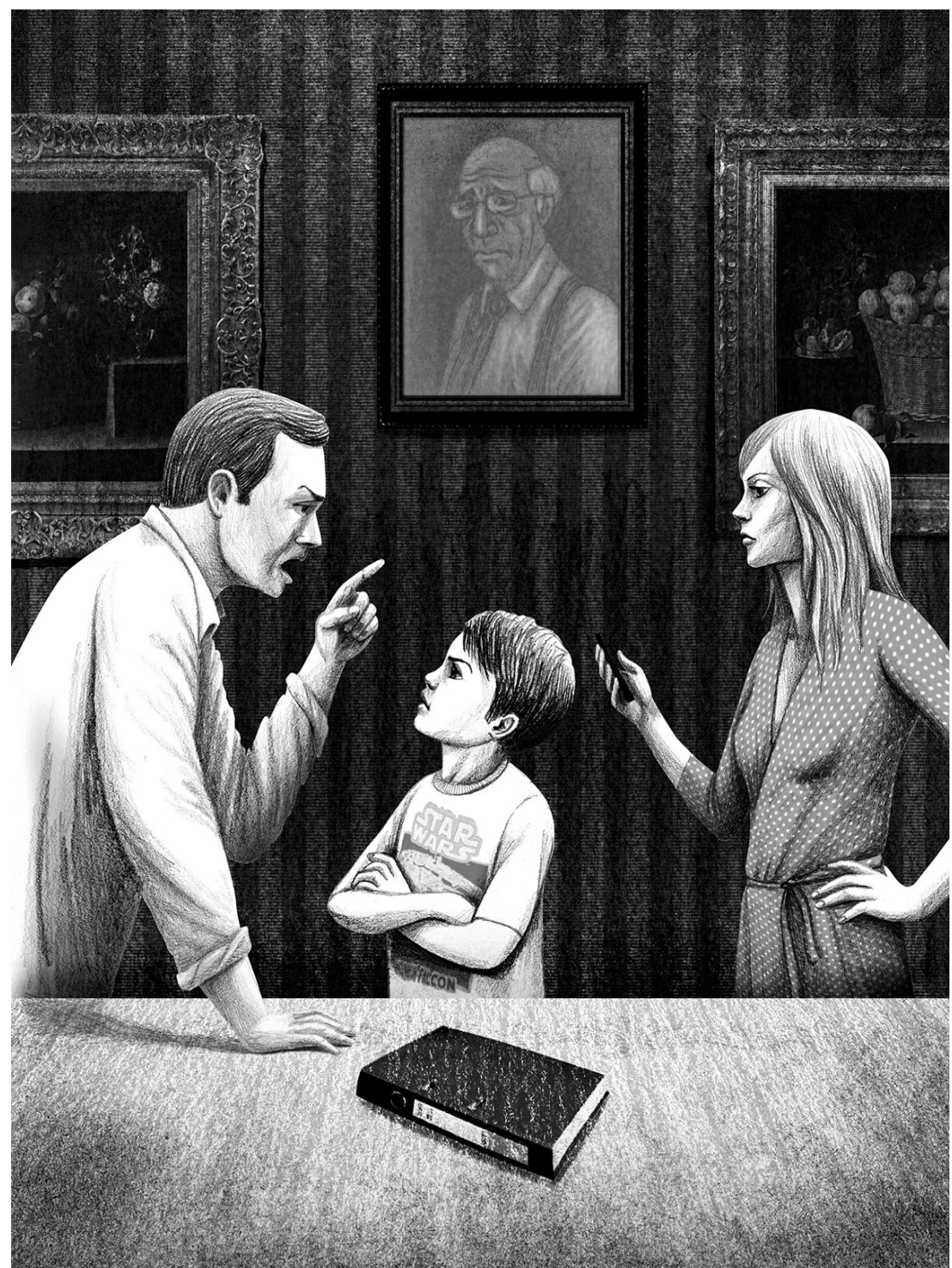
—¿Por qué dices eso? ¿No quieres ser alguien en la vida?

—Alguien ya soy.

—Alguien importante, no te pases de listo.

—La importancia es relativa, papá. ¿Importante según qué parámetros?

—¿Qué? No me quieras embrollar con tonterías, escuincle —y volvió a ver a Luisa, preguntándole con la mirada de dónde había salido ese sabelotodo de un metro treinta de estatura—. Tienes que estudiar para ser alguien, para ganarte la vida, para hacer cosas útiles.



—¿Según qué parámetros?

—Los parámetros que se me hincha la gana a mí, que soy tu padre.

Mario tuvo que concentrarse para no empezar a temblar en serio. Yo seguía cruzando los dedos. A lo mejor porque, en efecto, a mí nunca me pegó mi padre. Y yo tampoco le pegué a Raúl. Y esperaba que Raúl, esa noche aciaga, tampoco...

—En ese estudio —dijo Mario repentinamente— te explico que, según yo, tu responsabilidad como padre es forjarme para ser un hombre feliz, independiente y socialmente funcional. En los casi quince años que me faltan de educación, considerando que tenga que estudiar una maestría en el extranjero por como están los tiempos, tendrás que desembolsar un monto tan grande que...

—¡No me vengas a mí con eso! ¡Sé perfectamente lo que me gasto en tu educación! Y puedo gastarme el doble si se me da la gana.

—Pero sería inútil.

—No me hagas perder la paciencia, Mario —el celular vibró, atendió al vuelo el mensaje, lo volvió a dejar sobre la mesa—. No sé ni por qué estoy hablando esto contigo. ¡Te vas mañana a la escuela y se acabó la discusión!

Se puso de pie. Se apretó de nueva cuenta el puente de la nariz. Se preguntó si había firmado todas las copias de los estados financieros que...

—No puedes obligarme —sentenció Mario sin moverse.

Y no, no tembló.

Yo, en cambio...

Una breve confrontación. Muy breve.

—¿Tienes el teléfono del psicólogo que lo vio cuando lo del...?

—Sí —respondió al instante Luisa, contenta de ser interpelada al fin.

—Llámalo para que venga a ver al niño mañana temprano. No importa lo que nos cobre. Y será el último día que no vaya a la escuela por esta idiotez —sonaba como el director corporativo de una importante firma internacional.

No hubo ya mirada alguna. Raúl abandonó el comedor. Luisa, también, aunque ella sí echó un breve vistazo a su hijo —quien seguía apretando la mandíbula— antes de correr a la mesita del teléfono donde tenía la carpeta con todas las tarjetas de todos los proveedores de todas las necesidades de la casa. Y hasta por orden alfabético.

Mario, por su parte, sólo lamentó no haber podido hacer el anuncio que en verdad le importaba.

Había abrigado la esperanza de que la charla fuera más racional y amistosa.

Que el “dejo la escuela” del principio fuera escalando la conversación, poco a poco, hasta hacerla llegar a ese otro anuncio que sí era, en verdad, importante.

Comprendió que tendría que dejar una nota.

Fue culpa del encabezado de un periódico un poco alarmista.

Estaban haciendo cambios a los interiores de la casa y los pintores encargados usaron, para tapar las zonas que no debían ser alcanzadas por su brocha, un periódico que tenía bastante poco en común con el único que leía el papá, de puros índices financieros.

La foto, afortunadamente, no era demasiado explícita.

Fue la noticia de un crimen, con muchos superlativos, la que conmocionó al muchacho.

Algo referente a lo ocurrido entre dos hermanos en donde había intervenido también un picahielo y la ventana de un octavo piso.

Mario apenas empezaba a leer. Tenía cinco años cumplidos. Y se dio cuenta por sí solo de lo que ahí había pasado. Sílabas a sílabas.

Tuvieron que llevarlo al psicólogo.

Pero ni el psicólogo supo responder satisfactoriamente a la pregunta.

¿Por qué?

Acaso nadie tiene respuesta a esa pregunta: por qué.

¿Por qué el crimen?

¿Por qué la maldad?

¿Por qué el odio?

En realidad lo que curó a Mario —si se le puede llamar así—, después de dos meses sin poder dormir con la luz apagada, es que aprendió a darle acomodo en su cabeza a ese tipo de horribles, aunque habituales, contradicciones humanas.

Así que, de todos modos, esa cita con el psicólogo no hubiera servido para nada.

Ni siquiera por la cuota de dos mil quinientos pesos la hora y los veintisiete diplomas y el consultorio en aquel *penthouse* y la guapa recepcionista holandesa.

La nota fue bastante escueta.

En realidad le importaba, más que ninguna otra cosa, que no se culpara a nadie por lo que él estaba a punto de hacer por convicción propia.

Eran las tres y siete de la mañana.

Redactó. Revisó. Imprimió. Firmó y depositó la nota con cuidado sobre su almohada.

Borró algunos archivos de la computadora.

Llamó al taxi.

Vació el bote de sus ahorros en efectivo.

Vació la papelera de reciclaje de la computadora.

Puso el candadito a su valija.

Apagó y desenchufó todo. Equipo, reloj, teléfono, lámpara.

Se escabulló a la puerta de la entrada.

Desactivó la alarma.

Caminó a través del jardín. A la bodeguita del fondo. A los lindes de la casa.

Se cercioró de que el policía de la caseta principal estuviera viendo, como siempre, algún programa televisivo.

Botó el seguro de la puerta de los empleados.

Se coló a la calle.

Esperó el taxi.

Se lamentó por no haberse atrevido a dar “enviar” al único correo importante que, en su opinión, había escrito en toda su vida.

Y yo, naturalmente, me marché con él.

Segunda parte

—¿Quién? —dijo la voz.

Pero, antes de continuar, me gustaría hacer un alto para llamar la atención sobre una peculiar estampa.

Deberán perdonármelo, aunque me da la impresión de que un abuelo, esté muerto o no, tiene derecho a este tipo de sentimentalismos.

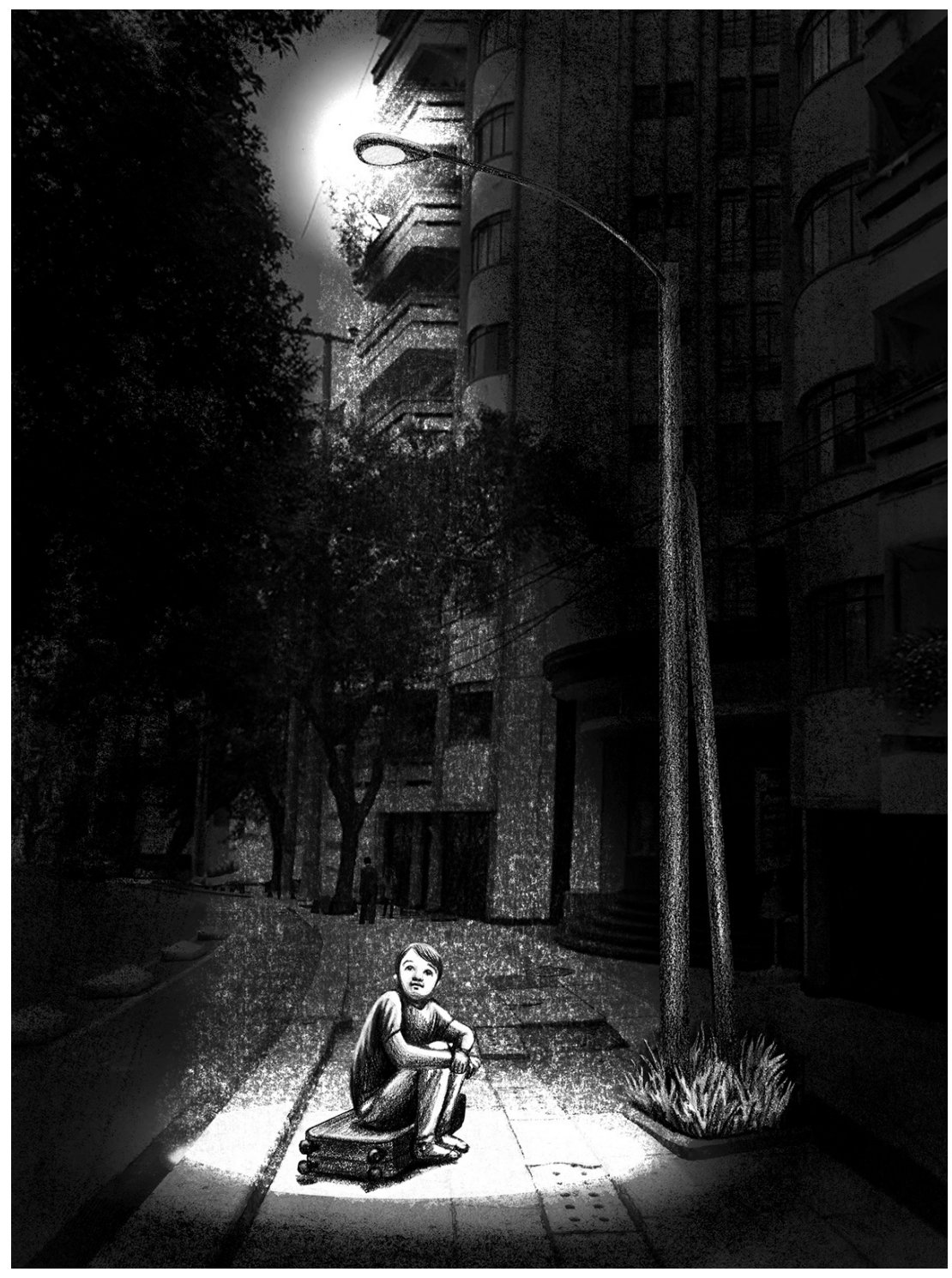
Y aquí está:

La calle vacía. La noche quieta. Un único farol encendido. Un edificio de cinco pisos en la colonia Roma. Y un niño de once años sentado sobre una valija frente a la puerta principal, abrazándose a sí mismo, consultando su reloj con frecuencia, pensando que cada decisión implica una renuncia. Persiguiendo una hermosa posibilidad.

Apenas se anunció el alba y este chico se levantó. Y se animó a llamar al timbre de la conserjería, con la consecuente pregunta a través del interfón.

—Yo, señor Gutiérrez. Mario Balaustrada.

—¿Quién?



—Mario Balaustrada.

Una necesaria pausa y, luego, la liberación de la puerta.

Se encontraron entre el piso tres y el piso cuatro.

—¡Me lleva!

—Le pido una disculpa.

Manuel no lo dejó seguir subiendo. Se sentó en las escaleras. Se mordió la uña del pulgar derecho. Lo contempló largo rato.

—Serán pocos días, se lo prometo.

—Es que no creí que lo dijeras en serio cuando llamaste la semana pasada, enano.

—Nada más en lo que me independizo.

—¿En lo que qué?

—En lo que me independizo.

Y súbitamente, prodigiosamente, ahí estaba de nuevo.

Y yo, deberán perdonármelo, lo abracé con toda la fuerza que mi deplorable e incorpórea condición me lo permite.

Un abuelo puede darse este tipo de licencias. En el más allá y en el más acá. Y donde sea.

Porque ahí estaba de nuevo. La sonrisa.

Y Mario sintió por primera vez, desde que su padre lo dejó aferrado a sus hojas en el comedor de doce sillas, como se abandona a un naufrago en una tormenta apenas abrazado a una tabla, que tal vez aquella posibilidad, aquella alocada posibilidad que venía persiguiendo, fuera en verdad factible.

—Estás loco, enano —remató Gutiérrez—. Bien loco.

—Señora, no encontramos a Mario por ningún lado —fue lo que dijo, con una gran mortificación en el rostro, la señora Concha, la encargada de la limpieza del piso superior, la que se cercioraba de que el niño se despertara a tiempo para ir a la escuela.

Luisa Sierra, por su parte, se quitó el antifaz con que intentaba

dormir hasta tarde cuando se desvelaba en serio. Se despabiló a la mala. Constató que su esposo, increíblemente, aún se encontraba dormido. Se levantó tratando de no incordiarlo con esa nueva monserga. Y salió a la carrera del cuarto.

—El niño se puede quedar el tiempo que quiera —fueron las palabras de doña Catita, la conserje, la mamá de Manuel, la señora de sesenta y dos años que, en opinión de varios vecinos, atendía el inmueble como si fuera la dueña.

Ya había bajado a prenderle a la bomba del agua, que andaba fallando, ya había barrido y trapeado el patio y el área central de la planta baja, ya le había ido a poner una inyección a la del 305, ya había preparado huevos con jamón, café cargado y pan con miel de abeja. Y aún no eran ni las siete.

—No es eso lo que discuto, jefa...

—Entonces qué discutes. Ándale, come y te me vas a trabajar. Ándale.

—No quiero causar problemas —intervino Mario.

—Qué problemas vas a causar —gruñó la señora—. Te duermes en la cama de Manuel. Y él se duerme conmigo. Punto final.

—Pero es que jefa...

—¿No estás de acuerdo, flaco? ¿Es eso lo que estás diciendo?

—¡Claro que no! Lo que digo es que...

—El niño se queda porque quiere. Nadie lo está secuestrando. Así que no hagas panchos. Y si él no quiere avisarle a sus papás, muy su cosa.

Era un cuarto de azotea muy, muy pequeño. Apenas con una estufa, un refrigerador, una mesa, una tele minúscula, dos camas, un baño oculto por un biombo. Pero ahí es donde ocurría el milagro cotidiano. Y Mario quería quedarse para aprenderlo y llevárselo consigo. Nada más.

—Pues igual —concedió Gutiérrez—, pero sí me da miedo.

—¿De qué? —gruñó la señora, para luego atender a Mario, que apenas había tocado su desayuno—. Come tú también, Mario.

—De que luego nos vayan a querer cargar la bronca —continuó Gutiérrez—. No me lo tomes a mal, enano, pero... después no vayan a creer tus papás que...

Mario, con timidez, masticaba una pequeña porción de huevo. Pero no era ningún tonto y mucho menos un improvisado.

—Sí, lo entiendo, señor Gutiérrez. Pero dejé una nota donde me responsabilizo por todo. Además... le juro que será temporal. Antes de que me encuentren, ya me habré ido. Se lo prometo.

El limpiaparabrisas le dio una gran mordida a su pan.

Negó con la cabeza.

Volvió a sonreír.

—Así me gusta, flaco... —dijo doña Catita.

El señor del gas adornó la escena con su tarzanesco grito desde la calle.

La reunión tenía lugar en la misma mesa en la que se había desarrollado el capítulo nocturno. Los señores Balaustrada confrontaban la nota en silencio. La servidumbre, callada, esperaba alguna orden. Ya habían revisado los videos de seguridad y podido confirmar que el niño se había marchado en un taxi como a las tres y media de la mañana. El policía de la caseta principal, por cierto, había sido removido de su puesto definitivamente. Los señores Balaustrada ya habían llamado a la empresa de taxis y confirmado que el muchacho se había apeado en una calle no muy lejana, tan solo para abordar un nuevo taxi, uno libre y, desde luego, imposible de rastrear. El chofer de la empresa de taxis que había atendido la llamada de Mario, por cierto, también ya había sido removido de su puesto definitivamente. La policía, para esas horas, había sido notificada y dos agentes estaban en camino. No parecía que se pudiera hacer más. Con todo, Raúl Balaustrada no se animaba a

ponerse de pie para atender el almuerzo con los empresarios argentinos que tenía en el horizonte matutino. Se veía, eso sí, que deseaba culpar a su esposa tanto como ella deseaba culparlo a él. Así que, pasada la media hora de estar sentados mirando un infausto papel pulcramente impreso y firmado, lo único que atinó a decir fue:

—¿Por qué el niño se sabe la clave para desactivar la alarma de la puerta principal?

Aunque en realidad quería decir:

“Has descuidado tanto a ese niño, Luisa, que me extraña que no se haya largado antes, y con todo nuestro dinero”.

Luisa, por su parte, con la cara descompuesta y los ojos irritados de tanto llorar, sólo atinó a decir:

—No sé. Te lo juro que no sé.

Pero en realidad quería decir:

“Ni se te ocurra echármelo en cara, Raúl, tú eres tan responsable de esto como yo. Y si la policía me obliga, diré que amenazaste con pegarle”.

En todo caso, el silencio no fue roto sino apenas por el par de tazas de café que la cocinera decidió poner frente a ellos, como un inusitado rasgo de gentileza.

Fue hasta su descanso, a mediodía, cuando doña Catita decidió poner las cosas en claro. Dejó su sitio en la entrada del edificio, donde día con día leía algún periódico viejo sentada en una silla de plástico, y subió al cuarto en la azotea. Prendió la estufa. Echó un poco más de agua a la sopa de pasta que había cocinado la noche anterior. Preparó el terreno.

—Yo puedo comprar mi propia comida —mencionó Mario, quien leía o hacía como que leía un libro electrónico en su tableta.

—Ni lo mande Dios. Si vas a ser invitado nuestro, vas a ser invitado nuestro.

Por lo mismo, doña Catita permaneció en silencio —medio

silencio, en realidad, pues a ratos silbaba— durante el proceso de recalentado y la preparación de limonada. Puso la mesa. Dos platos, dos vasos, cucharas, tenedores. Llamó a comer. Hizo sus oraciones y, aprovechando que tenía casi cuarenta minutos completos, decidió, como ya dije, poner las cosas en claro.

—A ver, Mario... no creas que me chupo el dedo. ¿De qué se trata esto? Me queda claro que no es un berrinche como lo tienen todos los chamacos. Hasta yo me fui alguna vez de mi casa. Así que desembucha. ¿De qué se trata?

—¿El señor Gutiérrez nunca le contó de cuando nos vimos hace poco, de los días en que yo lo invitaba a comer?

—Sí, me dijo que estabas haciendo un trabajo para la escuela, ¿no?

—Más o menos. En realidad era... algo que quería investigar por mi cuenta.

—¿Y qué era exactamente?

—Mejor le digo la conclusión a la que llegué.

—A ver...

—Al principio creí que era una percepción errónea de mi parte. Por eso me metí a fondo a entrevistar a su hijo. Y pude llegar a esa conclusión que le digo.

—Dímela, pues.

—El señor Gutiérrez es el hombre más feliz que he conocido en mi vida.

—¿De veras?

—De veras.

—Pues tampoco es que hayas conocido a mucha gente en tu vida, supongo.

—Puede ser. Pero sí me gusta observar. Y le puedo asegurar que lo que le digo es cierto.

—Pues quién lo dijera. ¿Y entonces? ¿Qué quieres exactamente? ¿Que te contagie su felicidad o qué?

—No. Quiero saber la razón exacta.

—¿Para volver a tu casa con la fórmula mágica?

—No se burle.

—No me burlo. Si hasta me voy a fijar más en el condenado flaco a partir de ahora. Por ésta —hizo la señal de la cruz.

—Bueno. Aunque... ya que lo menciona, la verdad no pienso volver a mi casa.

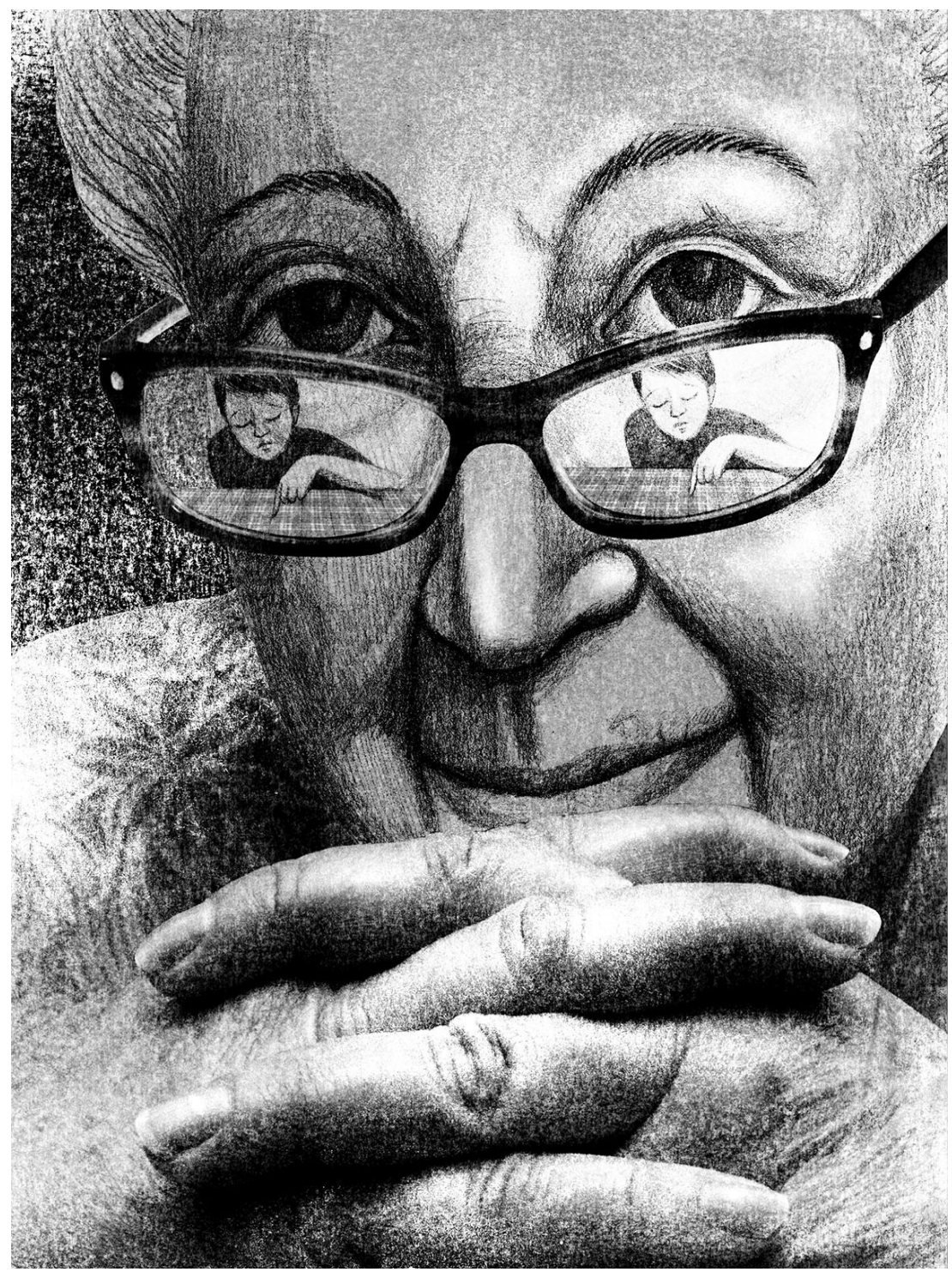
—¿Qué? No me lo tomes a mal, Mario, pero dijiste que era temporal.

—Sí. Y voy a cumplir. Pero no pienso volver a mi casa. Cuando me vaya de aquí, voy a empezar a vivir por mi cuenta.

—¿Un niño de once años? Estás loco.

—A lo mejor.

—Ni siquiera creo que sea legal. ¿Así se dice? Ni siquiera creo que esté permitido por el gobierno, que vivas solo a tu edad.



Ya habían llegado al final de la precaria comida. Y como el postre apenas fueron dos duraznos un poco pasados, la conversación amenazó con irse a pique. Con todo, doña Catita no se levantó de la mesa a pesar de que los trastes podían quedarse sin lavar si la sorprendía el fin de su hora de descanso ahí sentada. Algo adivinaba en los ojos de su invitado, un algo de necesitar seguir hablando para darle consistencia al mundo. Entrelazó sus rechonchas manos frente a su cara. Se hurgó los dientes con un pedazo de papel de una propaganda. Se acomodó los anteojos.

Mario se mostró inquieto. Miraba hacia aquí y hacia allá. Así que doña Catita se sintió con la obligación de intervenir.

—No eres muy feliz en tu casa, ¿eh, Mario?

—¿Cómo?

—Me oíste bien.

Mario hizo una mueca. Balanceó los pies. Hizo dibujitos con la punta de su índice sobre la mesa desportillada.

—El señor Gutiérrez... —se atrevió a decir.

—El flaco.

—El flaco... apenas terminó la secundaria; lo más importante que ha hecho en la vida, según como la gente suele medir este tipo de cosas, fue ocupar un puesto de mensajería en un despacho contable... y lo corrieron al año y medio; ha sido garrotero, albañil, pintor de brocha gorda y aluminero; antes de regresarse a vivir con usted pidió limosna en el Centro...

—Ni me lo recuerdes.

—Hoy en día es limpiaparabrisas en un crucero, tiene veintiocho años y es el hombre más feliz del mundo. O bueno, de mi muestra de población. Pero, para fines prácticos, si hago una extrapolación un poco aventurada, podría decir sin ningún problema que es el hombre más feliz del mundo.

Son facultades que se puede tomar uno.

Así que entre esa frase y la siguiente de mi nieto, fui a un nuevo cruce de avenidas, como buscando la comprobación de la hipótesis.

Y Manuel Gutiérrez, limpiaparabrisas de profesión, bromeaba con un conductor entre el cambio de luces de un semáforo.

—A lo que quiero llegar es que... —persiguió la idea en su mente para ser lo más claro posible—, cuando yo termine de “prepararme para la vida” —hizo el entrecomillado—, o sea, cuando acabe mi educación, cuando se suponga que ya sea capaz de vivir por mi cuenta y todo eso, tendré más o menos la misma edad que tiene el flaco ahora. La pregunta es... ¿seré siquiera la mitad de feliz de lo que es él? ¿Y si no, qué caso tuvo tanta preparación si él es la viva prueba de que nada de eso hace falta para ser feliz? Porque dígame, ¿no es eso lo que persigue todo el mundo? ¿Ser feliz? ¿Por qué no empezar, entonces, de una buena vez? ¿Por qué perseguir logros y títulos y propiedades si se puede ser feliz, verdaderamente feliz, siendo sólo un limpiaparabrisas?

Doña Catita hubiera podido mirar el reloj que tenía puesto sobre el refrigerador, pero le pareció que sería una grosería. Así que se contuvo. Decidió que si no asumía su lugar frente a la puerta de la entrada, exactamente a las tres en punto, tampoco pasaba nada. Y menos por una vez en años.

—Pues... la verdad es que eso que dices suena muy bien. Nomás que se me hace medio tramposón.

—¿Por qué?

—Porque se me hace que es como querer estar toda la vida de vacaciones. Y visto así, ¿quién no sería el más feliz del mundo?

Mario sonrió. En su opinión, no había pregunta que no se hubiera hecho él ya con anterioridad. Y tenía respuesta para todo.

—La psicóloga de la escuela me dijo una vez que la responsabilidad de mis papás conmigo era hacerme un hombre —y

enumeró con los dedos— feliz... independiente... y apto para convivir en sociedad. Según mis entrevistas, el flaco cumple con creces las tres condiciones. Así que dígame... Si vive su vida como si estuviera todo el tiempo de vacaciones, ¿quién puede reclamarle esa suerte, a menos que sea por envidia?

Doña Catita sintió entonces que algo en su universo se acomodaba, sin querer, en su medida justa. Como si hubiera reparado en que esa enorme pieza que había estado intentando acomodar a la fuerza en el rompecabezas de su corazón era, simplemente, la incorrecta. Como si voltear a otro lado y tomar la pieza exacta hubiera sido lo más fácil del mundo.

Sintió que se le hacía un nudo en la garganta y no encontraba la explicación. Apenas atinó a ponerse de pie y plantarle un beso a Mario en la cabeza.

—¿Todos los niños de tu escuela son así de listos o sólo tú?

Mario no respondió. Siguió haciendo dibujitos imaginarios con la punta del dedo sobre la mesa. Doña Catita miró, ahora sí, el reloj. Constató que llegaría a su puesto ocho minutos tarde.

—¿Qué me dices, chico listo, sabes lavar platos? Porque te tocan.

—Las hojas —dijo repentinamente el señor Balaustrada.

—¿Cómo? —respondió Luisa.

Habían ordenado sushi e intentado resolver sus vidas desde el desayunador de la casa. No estaban acostumbrados a lidiar con emergencias domésticas que no tuvieran que ver con personas ajenas a la familia: las criadas, los choferes, la cocinera... y por eso rehuían la crisis. Acaso porque, en el fondo, todo aquello les seguía pareciendo inverosímil, como si Mario fuese sólo un empleado más que hubiera desobedecido sus órdenes, un subordinado al que se pudiera mandar traer ipso facto bajo amenaza de despido o de demanda.

Lo cierto es que ninguno de los Balaustrada quería llegar al

punto de admitir que el asunto se había salido por completo de su control. Que nada podrían hacer para detenerlo. Que si Mario no volvía por propia voluntad, quizá jamás volverían a verlo.

Las indagaciones habían sido discretas. En la escuela, con los amigos, con los parientes... siempre restándole importancia al problema para no alarmar innecesariamente a nadie. “Ya volverá”, había dicho Raúl Balaustrada en voz alta al inicio de la tarde, como si dictara una orden a todo y a todos. Como si supiera que Mario, de algún modo, lo escucharía y acataría la incuestionable decisión de su padre; incluso la policía, en ese mismo tenor, desestimó la denuncia cuando el señor Balaustrada insistió, como lo haría un monarca: “Ya volverá”.

Pero Luisa no dejaba de llorar.

Y Raúl de arreglar los problemas de su trabajo desde el desayuno, comiendo sushi, mal atendiendo los índices de las bolsas internacionales, mesándose los cabellos...

Hasta que lo acometió esa especie de revelación.

—Las hojas.

—¿Cómo?

—Las hojas que me quiso mostrar ayer. Habló de una página en especial. Quería que la viera...

—Es cierto.

—¡Rápido! ¡Que todos se pongan a buscar esas hojas! ¡Que no descansen hasta que den con ellas!

Luisa asintió. Las muchachas de servicio, también. Los choferes —uno de ellos con una comprensible mortificación— lo mismo. Los jardineros. Los guardias de seguridad...

Pero dieron las diez y media de la noche...

Y Mario se quedó dormido. Doña Catita apagó al instante la tele. Miró a su hijo, que jugaba con un juego de reventar burbujas en la tableta de su pequeño visitante.

—Dime, flaco... ¿sí eres de veras muy feliz?

—No sé, jefa.

—Pero tú cómo te sientes.

—Pues... la neta no me quejo.

—¿Así de feliz has sido siempre?

—¿Siempre? ¿Cómo siempre?

—Sí. ¿Desde que eras niño? ¿Desde que vivíamos con tus abuelos y luego con tu tía Marta y luego cuando nos fuimos a Iztapalapa y cuando ya no te pude pagar la escuela y cuando te llevé al reclusorio a conocer a tu papá y cuando entraste a ayudarlo a Pancho en la marisquería y cuando te metiste de albañil y...? —la voz se le fue apagando porque, de pronto, la lista le pareció absurda, incapaz de apuntalar el regocijo de absolutamente nadie en el mundo.

—No sé, jefa.

La imagen de Mario acurrucado entre las descoloridas sábanas le pareció, al mismo tiempo, incapaz de toda falsedad. A saber si ese niño no dormía en sábanas de seda todos los días o se había escapado de un tutelar de menores o si estaba mal de la cabeza... pero al menos esa ventana que había abierto en el interior de doña Catita, no podía ser inventada. Y, para ella, con eso bastaba.

—La neta, no sé.

Doña Catita se dijo que ya estaba bueno de preguntas. Se afianzó de la sonrisa de su hijo. Se lavó los dientes. Se preparó para ir a la cama.

Finalmente, ya eran casi las once...

...y nadie encontró nada por ningún lado, ni siquiera en la computadora del chico. Ni un solo archivo en todo el disco duro que diera trazas de ser el origen de aquellas hojas llenas de gráficas, tablas, índices, resultados... que, al parecer, se habían vuelto humo.

Y prácticamente todos en la casa tuvieron que tomar tranquilizantes para poder conciliar el sueño.

Todos menos uno.

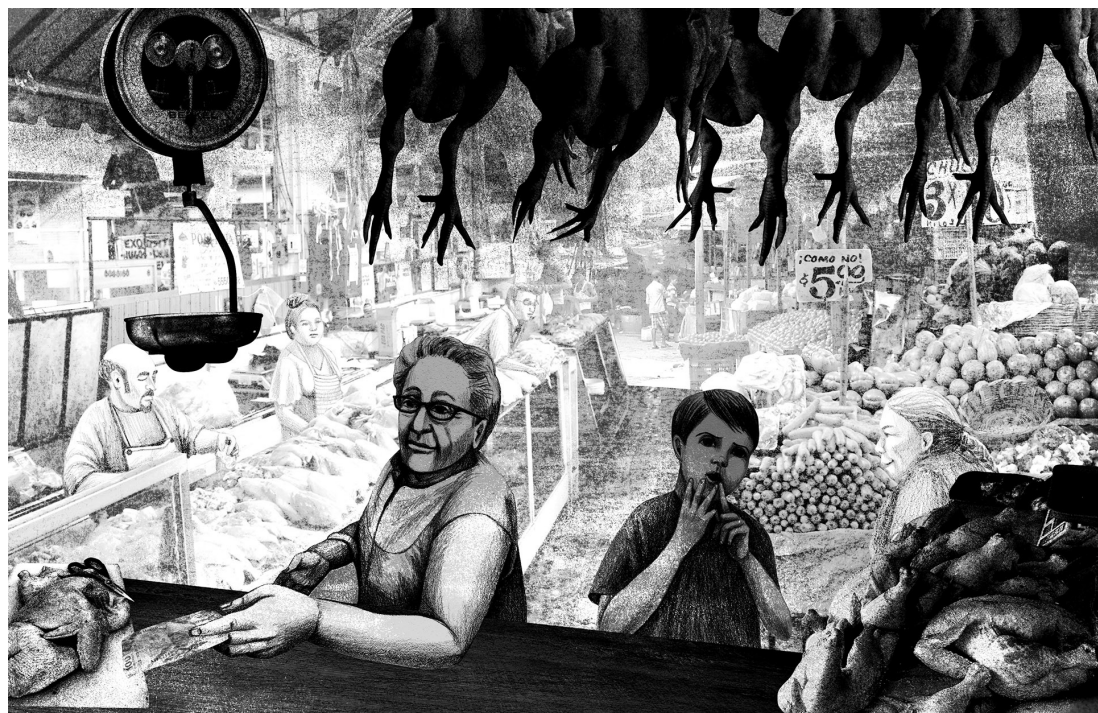
Una sola persona en la mansión Balaustrada con un plan para el siguiente día.

Torreblanca.

Sospechaba el chofer que algo tenía que ver en todo eso cierto limpiaparabrisas con quien él y Mario habían simpatizado durante las semanas anteriores...

Por lo que se propuso ir a verlo al día siguiente con cualquier pretexto.

Y yo, ya que se lo preguntan, cansado de tanto ir y venir entre mansiones y cuartitos de azotea... me acurruqué, por fin, al lado de mi nieto favorito.



—Dicen que para ser perfectamente feliz hace falta tener tres cosas contigo: salud, ignorancia y egoísmo —dijo Mario al lado de doña

Catita, en el interior del mercado.

—Sin nada de grasa —dijo la señora, poniendo atención a cómo le cortaban las pechugas que ordenó.

—Salud para no sufrir por lo que te pasa físicamente. Ignorancia para no sufrir por lo que pasa a tu alrededor. Y egoísmo para no sufrir por culpa de los demás. Si no amas, no sufres. Eres feliz.

—Sepáreme los huesos como siempre, doñita, para un caldito.

—Una vez leí un artículo sobre un monje, se supone que el hombre más feliz del mundo. Pero nunca me lo tragué. Era una felicidad de mentiras. Apartado del mundo, cultivando el cuerpo y la mente todos los días, evitando involucrarse directamente con nadie, ni esposa ni hijos ni primos ni nada... era una felicidad chafa. De mentiras. Como levantar un castillo de arena en el interior de una casa con las ventanas cerradas.

—Póngame también dos muslitos.

—También dicen que, para ser perfectamente feliz, basta con no desear nada, estar siempre satisfecho con lo que se tiene.

—Pero que estén bonitos, no como los de la semana pasada.

—Carecer por completo de ambiciones; no esperas nada, no te desengaña nada.

—Buenos días, Olguita —saludó doña Catita a una vecina que ya pedía mollejas para el gato—. ¿Le arreglaron su llave que goteaba?

—Por eso, en mi opinión...

—Me da gusto, doña Olguita. Ya ve como sí es buen plomero el señor López —hurgó en su monedero para sacar un billete de cien hecho rollito.

—...la felicidad sólo es auténtica si se puede sobreponer a la salud, la conciencia, el amor y los sueños.

—Que tenga bonito día, marchanta.

—Y el flaco, no sé cómo le hace...

—Vente, Mario, vamos por fruta.

—...pero lo hace.

Torreblanca estuvo más de cuatro horas esperando en aquel cruce donde ya hemos estado varias veces.

Cuatro horas y veintinueve minutos de lo más infructuosos.

A decir verdad, cuando decidió marcharse, arrojando el último cigarro a la banqueta, se dijo a sí mismo que era típico de Mario Balaustrada.

Y se sorprendió sonriendo.

Una planeación bien concertada.

Se imaginó al muchacho diciéndole al señor Gutiérrez que lo perdonara, pero que tendría que cambiar de esquina por un tiempo o corrían el riesgo de ser encontrados.

Se sintió, claro, bastante frustrado. Pero después, cuando conducía de regreso a la casa de sus patrones, se regocijó con la conclusión a la que llegó gracias a esto: al menos ya sabía que, en efecto, Mario y Manuel Gutiérrez estaban relacionados. Y que bastaría dar con el limpiaparabrisas para dar con el muchacho.

Pensó entonces en las esquinas, los cruces, los semáforos de la Ciudad de México. Los imaginó como un universo acotado, alcanzable, finito.

Y pocos minutos después Raúl Balaustrada —he de decir con un algo parecido al orgullo metido en mi corazón— se sintió por primera vez, en muchos años, verdaderamente miserable.

Se había presentado a trabajar porque, de no hacerlo, habría tenido muchos problemas con la junta directiva. Pero no pudo dejar de sentirse como un costal de tierra. Cuando llegó al edificio corporativo, cuando tomó el elevador privado, cuando ingresó a su oficina de setenta metros cuadrados, cuando contempló la ciudad desde el gran ventanal, cuando al fin despachó los documentos que requerían su firma.

Cuando miró la foto sobre su escritorio en donde sonreía Mario Balaustrada a los cuatro años.

Una foto que, usualmente, no miraba para nada...

...se sintió francamente miserable.

Yo lo contemplé como no lo había contemplado en muchos años.

Como cuando, con su voz de arroyuelo, me decía que tenía miedo y yo trataba de infundirle coraje.

Lo vi desplomarse en el gran sillón de piel. Parecía que le hubieran anunciado que las utilidades del corporativo se habían reducido en más de un cuatro por ciento. O que la mitad de su cartera de clientes había caído en suspensión de pagos. O que los mercados internacionales se habían tambaleado y sus reservas no habían sido lo suficientemente buenas...

Pero todo tenía que ver con una foto que casi nunca contemplaba.

Y levantó el teléfono.

Pidió a su secretaria un té helado.

Tamborileó los dedos sobre el escritorio.

Suspiró.

Miró en las paredes sus diplomas, las placas de emisión de papel comercial, la entrevista que le hicieron en aquella revista europea.

Volvió a levantar el teléfono.

Aguardó.

Aguardó más.

—Perdón que lo moleste —dijo en inglés—. Voy a necesitar tomarme unos días por un asunto personal —hizo una pausa—. Sí. Claro. Cuente con ello. Muchas gracias.

Colgó el teléfono.

Se empezó a jalar el labio inferior como no lo hacía desde que tenía once años. Desde el tiempo en que no abrigaba un miedo en verdad terrible. A lo hondo de una alberca. A la oscuridad. A la muerte.

Y yo... yo seguía sintiendo ese algo muy parecido al orgullo en el corazón...

...además, por partida doble, porque casi en el mismo instante Luisa Sierra también levantaba el teléfono de su casa, hacía una llamada de larga distancia, permitía que se le quebrara la voz, que le cobijaran a la distancia, que le ayudaran a reintegrar el mundo, su mundo.

—Mamá... —dijo haciendo acopio de fuerzas en un día que no había entrado para nada al gimnasio, no se había maquillado, no había atendido el celular, no se había mirado al espejo. El segundo día sin su hijo Mario.

—No es que te corra, enano, pero nunca vas a encontrar la respuesta a nada de nada si no te juntas más conmigo. Y ni modo que te lleve a limpiar vidrios, mejor nos vamos a dar la vuelta por ahí hasta que creas que ya estuvo bueno. Con unos dos o tres días estará bien, digo yo. ¿Te parece?

Mario miró a doña Catita.

Se sonrieron.

Manuel Gutiérrez agotó su plato de frijoles enteros con la vista puesta en la tele.

La noche se anunció cálida, benigna. Promisoria.

Afortunadamente, Mario tenía consigo todos sus ahorros en efectivo.

Y no se le ocurrió mejor manera de disponer de esos dos o tres días que pintándolos color vacaciones. Eran las once de la mañana con diecisiete minutos de un viernes cuando, después de caminar un rato por la calle, un helado en la banca de un parque le pareció el movimiento lógico.

Fue con sendos barquillos de limón cuando se preguntó si no sería cierto eso de que la felicidad es un estado de la mente, aquello de que la felicidad es un viaje y no un destino, lo otro de que la felicidad estriba en la búsqueda y no en el hallazgo. Se preguntó si todo eso no sería completamente inútil, si no terminaría volviendo a su casa arrepentido, si no acabaría estudiando hasta la maestría,

como se esperaba de él y, una vez independizado, convertido en un señor como todos, metido de lleno en una frenética carrera en pos de lo que persiguen todos.

—¿Qué piensas, enano? —dijo Gutiérrez saboreando su cono.

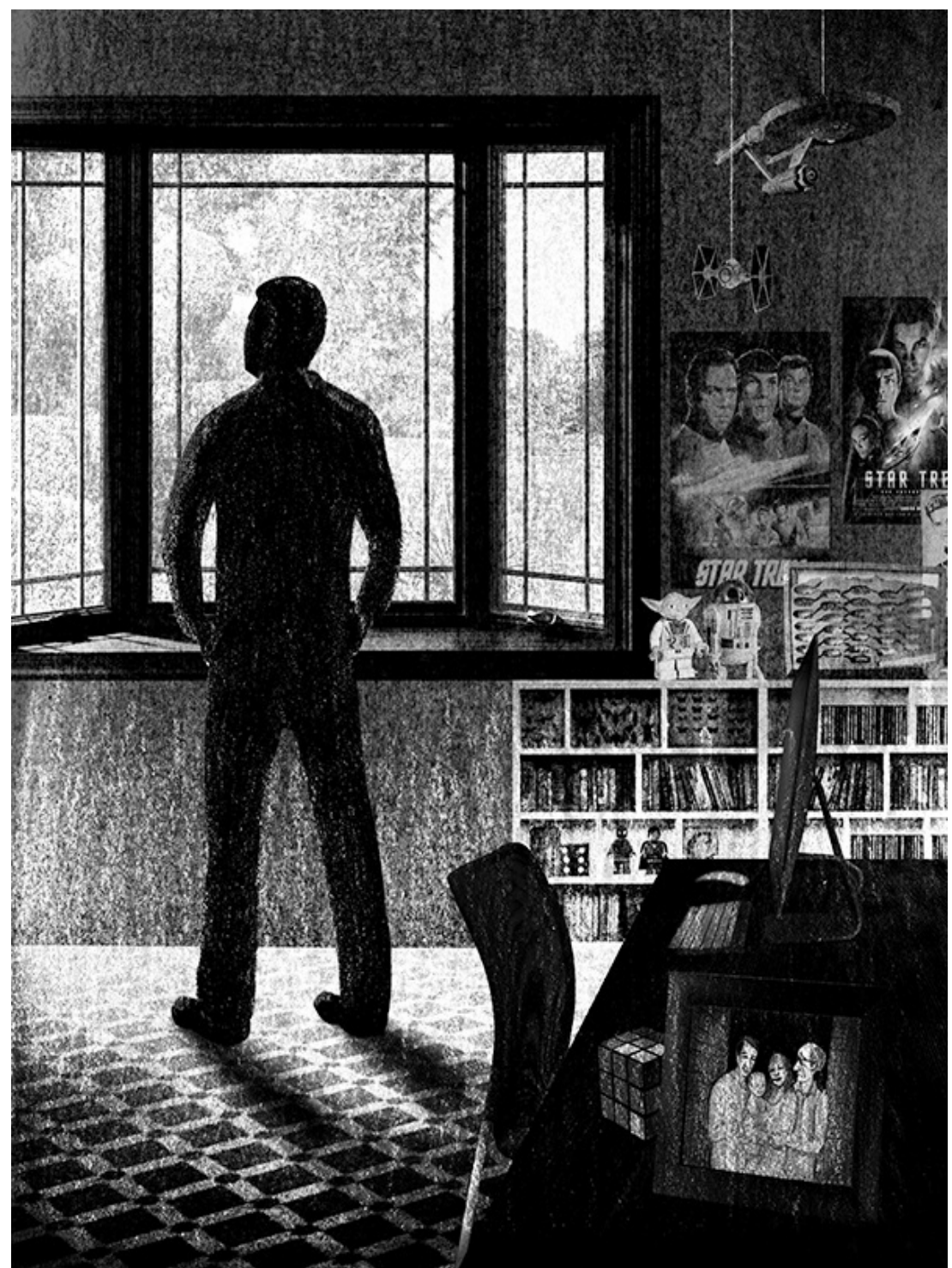
—Según un señor que se llamaba Heisenberg es imposible medir la posición y el movimiento de una partícula, porque la medición influye en el resultado.

—¿Te digo algo? No te entiendo un pepino.

—Bueno... esto no tiene nada que ver con física cuántica, pero pensé que es posible que el hecho de que yo esté aquí influya en el resultado de la investigación.

—¿Y qué quieres hacer? ¿Comprarte unas alas y seguirme sin que te vea o qué?

—No. Nada más decía.



—Pongamos una cosa en claro de una buena vez —dijo al primer mordisco que dio al barquillo—, ya me entrevistaste un montón en aquel restaurante. Ahora, si quieres, fíjate en qué caras pongo o qué pierna cruzo o qué tonada chiflo, pero no me hagas más preguntas raras... Que si tengo amigos, que si me he enamorado, que si me han roto el corazón, que si ambiciono no sé qué cosas, que si soy capaz de enojarme... ¡Vamos a pasárnosla bien, enano! Y si al final no obtienes ninguna respuesta a tu pregunta, entonces le buscas por otro lado y tan cuates. ¿Te late?

Mario sonrió. Un reflejo fiel de la siempre activa sonrisa de su interlocutor.

—Me late.

Lo cierto es que en la mansión Balaustrada ya no había lugar para el enojo. La tristeza había ocupado cada rincón. Era tan palpable que una de las muchachas de servicio renunció, convencida de que no podría soportar tal ambiente sin deprimirse ella misma y terminar haciendo una tontería. Con todo, hubo algunos cambios benignos. La abuela materna de Mario voló de emergencia y se instaló con una velocidad inusitada en uno de los cuartos de visitas. Luisa Sierra volvió a cargar a Mónica y recordó la forma de cambiar un pañal. Raúl Balaustrada sólo contestaba llamadas, y eso si eran de sus jefes directos, no correos, no mensajes, no internet.

Y es de él de quien quiero hablar ahora.

Porque pasó toda esa mañana en el cuarto de Mario, tratando de arrancarle a sus cosas el sitio exacto de su paradero.

Y no. No lo consiguió.

En cambio se enteró, para su propio asombro, de quién era su hijo.

Se maravilló escuchando a Cab Calloway, a Nat King Cole, a Jamie Cullum... riendo con fragmentos de *Brujas de Viaje*,

Pirómides, El Segador... viendo capítulos enteros de *Doctor Who*, el nuevo y el viejo... enterándose de que las buenas calificaciones no tenían mucho que ver con la dedicación, sino con la facilidad que tenía el muchacho para comprender y ejecutar. Le divirtió leer el único correo que encontró en la bandeja de salida de su buzón, esperando el momento propicio para ser enviado. Le devolvió la tristeza el enterarse de esa manera que su hijo de once años, ese asombroso y maravilloso desconocido, estaba enamorado como él, alguna vez a esa misma edad, también lo estuvo.

Es un verdadero regalo del cielo, ya lo dije al principio, tener sensibilidad para apreciar este tipo de cosas.

Y Mario —buen momento para hacerlo patente— la tenía.

Pero, con todo, no era capaz de ponerlo en palabras precisas. No porque le faltaran habilidades expresivas o intelectuales, sino porque era absolutamente imposible saber qué pasaba por la mente de Gutiérrez en momentos como ese y definir cuál era la magia precisa que estaba experimentando.

Absolutamente imposible.

Y así fue como ocurrió exactamente:

Le acercaron a Gutiérrez el hermoso caballo negro de crin despeinada, y el tamaño de su sonrisa aumentó considerablemente.

Mario ya sabía cabalgar. Había aprendido a los ocho.

En cambio, Gutiérrez jamás se había subido a un caballo. Jamás en su vida.

De pronto... como se contempla una estrella fugaz...

Fue idea de él, del muchacho; se le ocurrió justo cuando salieron del cine. Tomar un taxi para ir a La Marquesa. Volar un papalote. Comer pescado. Montar un caballo.

Era un simple plan para un día que parecía de vacaciones.

Pero no contaba con que, en el momento en que uno de los caballerangos le acercara el animal a su acompañante, ocurriera el

milagro.

Porque Gutiérrez era —eso ya lo sabemos— feliz por naturaleza. Que pudiera ser —todavía— más feliz, parecía imposible.

Y entonces...

La estrella fugaz.

Mario fue sensible a este prodigio. Mas no supo darle un nombre. Así que sólo hizo una mínima anotación mental... y subió a su propio jamego.

Después de todo, era absolutamente imposible que supiera qué pasaba por la mente —o el corazón— de Gutiérrez.

Absolutamente imposible... para él.

Pero no para su abuelo, con ciertas facultadas que le están negadas a los vivos.

Y que podía hacer uso de ellas cuando le viniera en gana.

Como adivinar, por una mirada, una expresión, un roce fortuito, aquello que pasa en el interior de una persona.

Y comprendí de golpe muchas cosas.

Y, para serles muy sincero, casi me voy de espaldas, por decirlo de algún modo.

Porque, repentinamente, supe que la inquietud de Mario sí tenía respuesta.

Y era perfectamente congruente y tenía mucho sentido y era de consecuencia lógica, casi como una solución matemática.

Por eso no los acompañé en su cabalgata por la colina.

Por eso me quedé, a la vera del camino, reflexionando.

Reponiéndome del impacto.

Porque, de pronto, después de tantos años de muerto, me pareció que si hubiera sabido cuando vivía lo que leí en el interior de Gutiérrez... hubiera sido, por increíble que parezca, mucho, mucho más feliz.

A la mañana siguiente, Raúl Balaustrada compartió con su esposa sus

descubrimientos. Y ella, con él, los suyos.

Escucharon a Rod Stewart cantar swing y recordaron que alguien, en su boda, les regaló un CD del escocés. El cuarto volumen de *The Great American Songbook*.

Notaron que la nena, a su modo, reconocía a las personas en las fotos.

Se preguntaron si serviría de algo rezar para que el muchacho volviera.

Salieron en el auto a desayunar fuera. Él al volante. Ella a su lado.

No pudo resistirse y, cuando estaban camino al restaurante, entre estación y estación del metro, le preguntó con todas sus letras.

—Ayer... cuando te subiste al caballo...

—Padre, ¿no? —dijo Gutiérrez, para variar, sonriente.

Mario los invitó a él y a doña Catita a desayunar a un sitio en el que servían los mejores hot cakes de la ciudad. O al menos es lo que su padre siempre decía. Y le pareció que era un buen día para comerlos.

Sólo serían dos estaciones de metro y unas cuantas paradas de metrobús.

—Pero es que... —insistió Mario—, si hubieras visto tu cara, flaco...

—Nunca me había subido antes a un caballo. ¿Pues qué cara querías que pusiera?

Doña Catita, la única que iba sentada, los observaba en silencio. Desayunar hot cakes valía la travesura. Se suponía que debía estar al pendiente de la bomba del agua, porque había vuelto a fallar, pero bueno... con un poco de suerte...

—Sí, pero... —volvió Mario a las andadas—, cuando estabas encima del caballo, como que ya no fue lo mismo. ¿Por qué? ¿Te dio miedo?

—Claro que no. Fue bien fregón.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—¿Por qué... no sentiste lo mismo?

—¿Y cómo quieres que yo sepa? Yo soy la partícula. A mí qué me dices...

En ese momento, doña Catita no pudo evitar acariciar la mano de Mario, sostenido de uno de los tubos del vagón, con una cara de indefensión inusitada. De pronto, lo vio viviendo solo, limpiando parabrisas, esforzándose, como todo el mundo, por ser feliz. Se le encogió el corazón.

Pensó que si al final las cosas no se resolvían satisfactoriamente, tendría que intervenir. Que aunque se viera forzada a romperle el corazón al niño, por el bien de todos, tendría que intervenir.

Mientras que Torreblanca seguía recorriendo la ciudad en su auto particular, en busca de una esquina en particular, de un limpiaparabrisas en particular.

Y mientras Raúl Balaustrada hacía, repentinamente, un cambio de planes.

—¿Qué te parece si mejor desayunamos en el Centro?

—Mmm... tenía antojo de hot cakes —discrepó la señora Balaustrada.

—Sí, lo sé... pero pensé que unas quesadillas, no sé... también serían buena opción.

Mónica, desde su sillita para bebé, hizo unos gorgoros. En la radio sonaba Frank Sinatra. Y Luisa Sierra, después de un larguísimo minuto, consintió en silencio.

La coincidencia se malogró.

Y Mario, nuestro Mario, consiguió una pequeña pero merecidísima prórroga.



Tercera parte

Los tres días llegaron a su fin.

Mario buscó durante ese tiempo repetir el milagro, porque creía, atinadamente, que ahí estaba la solución del misterio.

Pero no lo logró de nueva cuenta.

Intentó tanto por la vía de llevar a Gutiérrez a experimentar nuevas cosas, como por la vía de que se subiera otra vez a un caballo. Con ninguna tuvo éxito.

Cómo iba a saber el muchacho que el milagro de aquella vez se debió justamente a la combinación de ambos eventos. Y que repetirlo sería prácticamente imposible.

Porque todo tenía que ver con un recuerdo dormido.

Un recuerdo que surgió gracias a la increíble y oportuna casualidad de montar un caballo, por primera vez en la vida, a los veintiocho años de edad.

Un recuerdo que ni Gutiérrez sabía que llevaba consigo, porque ni siquiera afloró en forma de pensamiento sino como sentimiento.

Y ahí quedó la cosa.

Así que llegaron al final del domingo y, mientras degustaban unos churros con chocolate, contemplando un programa del Canal Once a petición de Mario, fue Gutiérrez quien se decidió a hablar.

—Entonces... ¿en qué quedamos, enano?

Doña Catita zurcía unos calcetines. Levantó la mirada porque sabía perfectamente a qué se refería su hijo. Pero no quiso intervenir. No todavía.

Mario, que no era ningún tonto, también sabía que era necesario llevar las cosas hacia algún punto. Lo malo es que no sabía hacia dónde. Al final, todo había sido un gran fracaso. Pensó que, le gustara o no, tendría que cumplir con su palabra, marcharse cuanto antes y vivir su vida.

Nomás no se animaba a abrir la boca.

—No descubriste nada, ¿verdad? —dijo doña Catita, mordiéndose un labio.

Y Mario tuvo que negar simplemente.

Gutiérrez se sintió forzado a apagar la televisión. Confrontar el hecho. Sacar algo en limpio de todo eso.

—La verdad, enano... si quieres mi opinión... creo que te equivocaste. No soy más que un tipo cualquiera con una vida cualquiera. Es más, con una vida bastante más fregada que cualquiera, si quieres que te sea muy franco. No hay secreto de por qué soy tan feliz, porque... a lo mejor no lo soy tanto. La neta, yo creo que desde el principio te hiciste una idea falsa.

Mario lo contempló forzando una sonrisa. Se sentía blindado contra ese tipo de refutaciones porque, para él, era como si le dijeran que dos más dos da cinco. No era ningún improvisado; creía en la contundencia de sus estudios. Sabía que el flaco era el tipo más feliz del mundo porque era el resultado de su propio trabajo científico. Y el que éste quisiera negarlo sólo hablaba de su buen corazón, pero no le servía de nada. Al final comprendió que tendría, como todo el mundo, que buscar la tan manoseada felicidad por su propia cuenta.

—No te preocupes... —insistió el limpiaparabrisas—. No te vayas todavía si no estás listo. Pero yo sí me voy a chambear desde mañana. Y a mi esquina de siempre.

—Bueno —dijo Mario. Y luego:— Gracias.

—Flaco... —se animó a decir la señora—, ¿para qué estás ahorrando, si se puede saber?

Una sutilísima descarga eléctrica subió por la espina dorsal de

Mario. Pensó el muchacho que acaso ahí estaría un pedazo del secreto. ¿Cómo no se le ocurrió? Seguro diría que para comprarse un saxofón, o para invitar a la señorita del 201 a salir, o para irse de viaje a Puerto Vallarta o...

Con todo, la respuesta fue:

—Pues... no sé, jefa. Para lo que sea. Para lo que haga falta.

¿Por?

—No, por nada.

—Si necesitas la lana, ahí está. Ya sabes. Atrás del San Judas.

—Sí, ya sé.

—De veras.

—¡Sí, ya sé!

Y ella miró a Mario como excusándose de no haber podido aportar nada.

Mario sonrió de nuevo y pensó que eso sólo confirmaba su teoría; no obstante, que el flaco viviera sin necesidades inventadas apuntalaba su felicidad, no la explicaba.

Se puso de pie. Volvió a agradecer. Se echó de espaldas sobre su cama que no era su cama.

Tres agencias de detectives estaban en marcha ya, buscando a Mario.

La escuela fue notificada de su desaparición. Se agradecía la información que pudiera dar el cuerpo docente. O el alumnado. O quien fuera.

Lo mismo el deportivo en el que tomaba clases de tenis y de taekwondo.

Y el club de ajedrez que había abandonado.

Y el periódico escolar al que había renunciado.

Se difundió su foto por internet.

Se propagó, en el interior de la mansión Balaustrada, la esperanza de dar con él.

Acaso porque los patrones volvieron a tomarse de la mano en la

mesa, después de varios años.

O porque el señor Balaustrada cargó a la niña sin que nadie se lo pidiera.

O porque sus jefes en Londres le dijeron que no se preocupara, que se tomara los días que necesitara, que había prioridades en la vida; frase que, hay que decirlo con todas sus letras, hizo mella en su espíritu.

O porque algo en el interior de todos había cambiado.

El caso es que hubo una especie de paréntesis.

Uno, a decir verdad, muy breve.

Porque en cuanto los señores Balaustrada se descubrieron, al final del día, solos como siempre, los invadió el desánimo.

Y se descubrieron callados con las luces apagadas.

Fue el momento en que Raúl Balaustrada se disculpó —sí, se disculpó— con su esposa y le pidió unos momentos a solas. Salió al jardín y arrojó la pelota al caniche varias veces. Contempló la luna, luego las estrellas, luego las nubes que se empujaban unas a otras para cubrir el cielo.

Se sentó en la mecedora larga que colgaba en una de las verandas.

Observó la piscina. Y el cobertizo del fondo. Y el pequeño almacén.

Sintió que no tenía el valor de volver a la casa.

Se acurrucó sobre la mecedora.

Se dio cuenta de que no había atendido el celular en más de cinco horas.

Se quedó dormido.

Y soñó con un padre. Y soñó con un hijo. Y lo que cambió en la casa de los Balaustrada, cambió de una vez y para siempre. Hay que decirlo con todas sus letras.

Porque decidí que tenía que hacer algo al respecto.

Esta historia no estaría completa si yo no hubiera podido participar activamente.

Por eso decidí contarla en sus tres partes.

Un simple espectador habría tenido que conformarse con un final de autor.

Una fatalidad del destino. Qué sé yo.

No es mi caso.

También tendrán que concederme que yo, como miembro de la familia Balaustrada, estaba en cierto modo involucrado. Me gustara o no.

Y tenía que hacer algo.

Por eso, esa noche de domingo a lunes, decidí que no me costaba nada impulsar unos cuantos recuerdos.

Qué caray.

No se puede susurrar verdades al oído.

No se puede rozar la piel de los que amamos.

Pero sí se puede pincelar los sueños. Empujar los recuerdos desde el fondo del olvido.

Y eso fue precisamente lo que hice.

Doña Catita lo supo al instante, pero quiso darle forma en su mente primero.

Permitió que Mario se bañara, se vistiera, desayunara y leyera o hiciera como que leía, mientras ella confirmaba que no era una falsa memoria la que la visitaba.

Se encargó de sus obligaciones como conserje del edificio y meditó toda la mañana acerca de lo que milagrosamente rescató, durante el sueño, del enmohecido baúl de las reminiscencias.

Era la sonrisa de Manuel.

Tal y como la conocía hasta ahora.

Era, también, un viejo gato gris mirando por la ventana.

Y era Manuel, el flaco, su único hijo, a los catorce años, mirando

por la misma ventana.

Pensó que era un milagro...

Cuando en realidad era un abuelo atorado entre dos mundos haciendo el único trabajo que le está permitido hacer.

Raúl despertó tiritando pero, ya lo dijimos, transformado.

Tenía gotas de rocío en el cabello.

Las mismas ropas que el día anterior.

El sol en la cara.

Y se dirigió, como si siguiera una orden, a la bodega del fondo.

Era el cuartel de los piratas, la nave de los malvados, la cueva de los monstruos.

No había entrado ahí desde... desde...



No pudo recordarlo.

Estaba lleno de herramientas de jardinería, desechos de materiales de construcción, llantas, trebejos, cubetas...

Pero era la guarida de terribles y despreciables forajidos. Él y Mario lo sabían. Habían desafiado a los villanos que ahí se parapetaban decenas de veces; habían luchado por conquistar su fuerte; se lo habían apropiado decenas de veces. Ahí habían repartido el botín de su triunfo y habían defendido heroicamente sus murallas. ¿Cuándo fue la última vez que...?

Tampoco pudo recordarlo.

Yo, en cambio...

Puedo decir que fue hace más de doscientas semanas. ¡Doscientas semanas!

Exacto. La última vez que rieron juntos.

Entró con sigilo, como si alguno de sus resentidos enemigos de antaño quisiera emboscarlo. Hizo rechinar la puerta. Prendió el débil foco.

Ahí, sobre la repisa en la que él y el otro bucanero depositaban siempre sus espadas de madera, estaba el fólder.

Dentro del fólder, las hojas del informe.

Y dentro de las hojas del informe, la única verdad.

Fue lo más sencillo del mundo.

Torreblanca cambió por segunda vez el BMW por un mísero pedazo de papel. Se supone que iba a hacer varios mandados, a entregar un par de sobres a la oficina del señor, a realizar un depósito...

Pero le pareció que valía la pena desviarse un poco.

Tomar cierta avenida y, luego, asomarse a cierto cruce de calles.

El corazón le dio un vuelco.

Por eso se introdujo al estacionamiento público, cambió el auto por un boletito, se bajó a la carrera.

En realidad fue lo más sencillo del mundo.

No hubo grandes huidas ni cosa por el estilo.

Ambos hombres se miraron a la distancia.

Y Torreblanca supo, de alguna manera, que Gutiérrez era un hombre de honor.

Ya antes le simpatizaba, pero ahora hasta le tomó cariño.

Se atrevió a copiar la sonrisa desde la banqueta, mientras el limpiaparabrisas terminaba de hacer su trabajo sobre el vidrio de un taxista, y se disponía a acercarse a él, a darle la mano por cuenta propia, a iniciar acaso con un: “Oiga. ¡Qué gusto verlo, señor Torreblanca! ¿Cómo le va?”.

Tenía catorce años cumplidos Manuel Gutiérrez.

Su madre decidió que era momento de que se enterara de que su padre no había muerto, sino que estaba encarcelado prácticamente de por vida. Lo llevó a la cocina del departamentito donde entonces vivían y le contó, mientras cocinaba el mole que vendía los domingos, que cuando ella estaba encinta, el hombre del que estaba enamorada, comerciante de profesión, malhumorado por convicción, perdió la cabeza en una pelea de cantina.

Un incidente en el que intervinieron tres hombres y una navaja.

Dos quedaron tendidos. El tercero fue enviado a la cárcel.

¿Por qué?, preguntó el adolescente con el rostro transido de pena.

Pero doña Catita no tenía respuesta para eso.

Supongo que nadie la tiene.

¿Por qué el crimen?

¿Por qué la maldad?

¿Por qué el odio?

En todo caso, fue a los tres meses de saber la verdad que el muchacho pidió conocer a su padre. Y ella lo llevó al reclusorio.

Fue una única visita. Pero tan significativa que le cambió la forma de pensar y sentir a Manuel Gutiérrez.

Prácticamente de por vida.

Y eso fue lo que recordó doña Catita de domingo a lunes.

Porque a partir de ese incidente, a partir de esa visita, el flaco fue otro; aunque ella no lo notó de inmediato.

Ahora estaba segura.

Porque no podía apartar de su mente la imagen de su hijo mirando por una ventana.

Sonriendo como hasta el día de hoy.

Lo cual la llevó a pensar que acaso ella también debía haber capitalizado esa fortuna en su momento.

Se sorprendió levantando la vista del desechado periódico que siempre leía en la entrada del edificio.

El brillo en el dorso del espejo retrovisor de un auto, estacionado del otro lado de la reja, la fulminó como un milagro.

Eso fue lo que, para doña Catalina Gutiérrez Herrera, marcó la diferencia.

Se le colmó el corazón.

Raúl Balaustrada tuvo que salir de la casa e ir a refugiarse a un restaurante.

La conmoción era tal que no quiso desayunar en su casa.

Pidió café solo, muy cargado. Depositó las hojas de su hijo en la mesa. El estudio científico en el que un excepcional niño de once años demostraba que la vida, como la conocemos, es una falacia, y que la búsqueda de la felicidad tiene que iniciarse poniendo la vista en horizontes muy distintos de los acostumbrados.

No le apeteció pedir nada más que café.

Porque creyó que en la página treinta y siete estaría el plan exacto de su hijo, la conclusión de su informe, acaso la dirección en la que pretendía vivir, sus planes a futuro...

En cambio, sólo estaba la prueba irrefutable del porqué de su ausencia. Sin más datos que los fríamente presentados a lo largo del

informe.

Los cambios en el metal se eternizan con el fuego; en las personas, con las lágrimas derramadas a solas. Créanme. Lo sé porque lo he visto y lo he vivido. Ya sea de dicha o de tristeza, cuando un torrente de tal naturaleza brota del interior de un individuo, le prepara para un nacimiento. Y eso siempre es bueno.

Raúl Balaustrada, el director corporativo de una firma internacional de asesoría financiera, tuvo que cubrirse el rostro, agobiado por la vergüenza. Uno que otro mesero lo miró con simpatía. Una que otra mesera, con admiración.

La página treinta y siete. Y una taza de café a medio terminar.

Doña Catita se llevó a Mario al parque más próximo.

Era su hora de descanso; tenía planeado extenderla hasta que fuera necesario. Y si la junta de administración del edificio decidía echarla a la calle, bien lo habría valido.

Hizo que el niño se sentara en la parte más alta de una pirámide compuesta de cilindros multicolores de piedra. Ella se sentó a su lado. Hermosa estampa, si me permiten el apunte: una señora robusta, de canas, anteojos y delantal, al lado de un niño lleno de preguntas, en lo más alto de un parque recreativo.

Los chicos jugaban en los columpios, en los subibajas, en los toboganes... Y Mario, no bien se hubo sentado, se sintió tan lejano a ellos como si los separaran miles de años y miles de kilómetros. De hecho, se preguntaba si podría sonreír en el futuro sin sentir que estaba forzando el sentimiento. Suspiró.

Doña Catita tomó una de sus manos entre las suyas y la acarició. Mas fue Mario el que abrió el diálogo.

—Es para despedirnos, ¿verdad?

—Más o menos —dijo ella, y le plantó un beso en el cabello.

—Estaba pensando...

—Tú siempre estás pensando.

—Bueno, sí. Estaba pensando... que sólo me faltó seguir una línea de investigación. Una muy obvia. Pero seguro ya es muy tarde.

—¿Y qué línea de investigación es esa, niño listo?

—Usted.

Doña Catita sonrió. Lo miró por encima de sus anteojos.

—¿Ah, sí?

—Seguro que el mérito es suyo, doña Catita. Algo muy bueno debe haber hecho para que el flaco sea así. Y debí haberlo pensado de ese modo desde un principio.

Ella le rodeó los hombros sin ningún empacho. Lo apretó. Lo soltó.

—Te traje aquí porque, aunque no lo creas, sé por qué el flaco es el hombre más feliz del mundo.

Mario fue ahora quien volteó a mirarla, tratando de detectar la broma.

—No es cierto —dijo contumaz.

—Sí lo es. Y tiene mucho sentido.

Mario sintió latir su corazón con fuerza.

—Lo malo... —continuó doña Catita, mirando al frente—, lo malo es que se me hace que es algo que debes sentir, más que saber. Por eso el flaco no es capaz de explicarlo. Y por eso es inmune a todas tus preguntas y a todas tus reflexiones —siguió mostrándose por un momento acongojada—. Lo que quiero decir es que no sé si, al decírtelo, te esté malogrando la receta. ¿Me entiendes?

Mario asintió. Y se atrevió a ponerlo en sus propias palabras.

—Es como cuando caminas. Tienes que hacerlo inconscientemente. Si cada vez que caminaras tuvieras que pensar “ahora voy a mover la pierna izquierda, ahora la derecha, ahora la izquierda...”, sería muy tortuoso. Nos moveríamos como autómatas, sin ninguna soldadura. Y sería imposible pensar en ninguna otra cosa mientras caminamos.

—Algo así, niño listo.

Mario volvió a asentir. Le pareció que todo eso era una mentira

blanca, que en realidad doña Catita no sabía nada de nada, pero no le importó. Los grandes esfuerzos que habían hecho ella y su hijo para ayudarlo a encontrar el secreto de la sonrisa diaria de Manuel Gutiérrez, limpiaparabrisas de profesión, lo conmovían a tal grado que lo único que deseaba era no incordiarlos más mientras permanecía con ellos y decidía su futuro.

—Pero... —dijo súbitamente doña Catita, arrastrando la pausa—, estoy convencida de que eres un niño muy especial. Un niño en un millón.

Podrán adivinar quién inoculó esa idea durante la noche.

—Y, por eso mismo, creo que te mereces saber el secreto. Porque creo que, de alguna manera, sabrás qué hacer con él.

Mario volvió a mirarla. Sonrió con toda franqueza. Ahora fue él quien, sin ningún empacho, recargó su cabeza en su hombro.

—¿Están muy preocupados sus papás? —preguntó Manuel Gutiérrez mirando por la ventanilla, azorado, sonriente. Nunca antes se había subido a un BMW con asientos de cuero y aire acondicionado.

—Bastante —respondió Torreblanca.

—Pues qué mal, la verdad.

—Ni tanto.

—¿Por qué?

—Porque... —inició la explicación Torreblanca, pero se arrepintió. Le pareció que si lo decía lo estropeaba, como cuando alguien expresa su deseo en voz alta al apagar las velas del pastel.

En vez de ello, aprovechando una luz roja, prefirió apretar los botones necesarios del estéreo para hacer salir algo de las bocinas.

—¿Como qué música le gusta, señor Gutiérrez?

—La que sea, señor Torreblanca —respondió al tiempo en que decía “no” con el dedo índice a un limpiaparabrisas que ya arrojaba agua con jabón al vidrio—. ¡Qué lata con éstos! ¿Que no ven que está limpio?

Dos sonoras risotadas y música de Mel Tormé.

“Pasamos a ver al papá de Manuel y estuvimos con él como una hora en el patio del reclusorio —dijo doña Catita sin perder el brillo en los ojos, como si conjurar el recuerdo a través de las palabras le ayudara también a saldar deudas pendientes—. Me acuerdo que Manuel estuvo de bastante mala gana con su papá, como que no le perdonaba que no hubiera estado presente en su vida. Yo, por si te lo estás preguntando, me inventé eso de que estaba muerto porque él mismo me lo pidió cuando lo entambaron. Ya ves que hasta le di mi apellido al niño porque él ni siquiera quiso registrarlo a su nombre. Pero luego pensé, cuando el flaco ya no era un chamaco, que se merecía saber la verdad y hacer con ella lo que quisiera. Por eso fuimos. Y pues, aunque no lo creas, la semilla del porqué es así Manuel la plantó su padre. No porque le diera el mejor consejo de toda su vida sino porque, sin darse cuenta, le hizo ver las cosas de forma distinta a partir de esa visita. Llevaba casi quince años encerrado y todavía le faltaban cuarenta y cinco más. Yo creo que, si aún vive, él también debe estar bien cambiado. Sepa. Ojalá. En fin... para no darle más vueltas... ¿Qué fue lo que le dijo exactamente? Había sido una plática respetuosa pero sin ganas, de ninguno de los dos, de brincarse la paredsota que habían levantado entre ellos. Una pared altísima que, para qué decir mentiras, los plantaba más como lo único que eran: un par de desconocidos. Cuando ya nos despedíamos, yo entendí que el encuentro no había sido para nada lo que Manuel esperaba. O a lo mejor sí. A lo mejor simplemente quería desilusionarse de su papá. Nunca se lo pregunté y ya ni modo de hacerlo ahorita. En fin. Lo curioso es que, para terminar la visita, su mismo padre le dijo que no volviera a la cárcel nunca, que viviera su vida y lo olvidara. Luego, hubo un momento en que se quedó mirando la pared enladrillada y dijo, como si hablara consigo mismo, que ojalá lo hubiera entendido cuando todavía estaba afuera,

que el mundo es inmenso, lo mismo que el más pequeño momento. Y que por eso todo, sin excepción, es una promesa. Un coche, un árbol, una calle... todo una promesa. Dijo que le daba mucha rabia porque ahí dentro, en la cárcel, era lo contrario: todo iba sobre seguro. Nada nuevo. Cada momento igual al anterior. Dijo que si pudiera cambiarse por uno de esos perros tullidos, que nada más están echados en la banqueta mirando el mundo pasar, con eso le bastaría para ser feliz, porque cada persona nueva frente a sus ojos sería como un milagro chiquito, un milagro con una cara nueva, un corte de cabello nuevo, ropas de color nuevo... y así con todo lo demás, una cortina, la lluvia, una paloma... Que extrañaba como un loco a las palomas... Luego se quedó callado y, antes de que nos fuéramos, nos abandonó sin mirar atrás, como para que nos diéramos cuenta con más ganas de que no quería tener nada que ver con nosotros. Y pos nos fuimos. Y yo preferí dejar a Manuel con su silencio. Un silencio que duró días. Fue como a la semana que ocurrió el verdadero cambio. En ese entonces yo chambeaba en una fonda haciendo de comer. El flaco ya había abandonado la secundaria y ayudaba como garrotero ahí mismo en la fonda. Una tarde, como una semana después de la visita al reclusorio, descubrí a Manuel sentado mirando por la ventana. Era una ventana en la que se echaba un gato gris muy amolado a ver pasar a la gente. No sé cómo lo borré de mi memoria. Me acordé anoche. Te juro por la virgencita que es cierto. Me acordé que cuando vi al gato ahí tirado pensé en el padre de Manuel y supe que lo que veía en ese momento el miserable animal era, de veras, precioso. Los autos, los postes, la calle, la gente, las motas de polvo, la basura, el esmog... Pensé que hay que ser más tonto que una bestia para no darnos cuenta del valor de un simple segundo de nuestra vida. Hubieras visto cómo sonreía Manuel. Recuerdo que lo pensé en ese momento... cuando vi al gato, cuando vi a mi hijo, cuando vi, por un segundito de nada, como si fuera la primera vez, los cables de luz, los rayones en las paredes, las antenas de televisión... Me acuerdo que tuve ese mismo don entre

mis manos... pero lo perdí. Lo dejé ir. Era un milagro de a de veras y se me escapó como se escapa un soplo de viento. En cambio el flaco... en cambio el flaco...”

Y aquí fue donde doña Catita levantó los ojos. Apretó los labios. Se quedó callada.

Y fue Mario quien la tomó de las manos.



Y desde donde se encontraban sentados quiero creer, porque son licencias que les están permitidas, ya no digamos a los abuelos difuntos sino a los que relatan las historias, que desde ahí, desde su privilegiada posición, la vista les permitía abarcar hasta el más remoto confín del universo.

La señora Balaustrada acababa de dormir a su hija. Le había cantado un arrullo que aprendió de niña.

Y ahora miraba sólo una página del informe que su marido le presentó con el alma en los pies.

En ésta se apreciaba la tabla comparativa de un grupo de diez fotografías tomadas con celular. Cinco de un lado. Cinco del otro.

Cinco de un limpiaparabrisas siempre de buenas, siempre sonriente.

Cinco de un director corporativo siempre gritando, siempre furioso.

Abajo de cada tabla había un desglose de patrimonio, ingreso mensual y “logros en la vida”, como la había nombrado el responsable del informe. La diferencia entre ambos comparativos era más que contundente. Era avasalladora.

La señora Balaustrada dio vuelta a la hoja. Tomó la mano de su esposo, luego comprendió que no bastaba y lo abrazó con fuerza.

En ese momento, el señor Balaustrada pensó con vergüenza que hasta sus jefes en Londres sabían que hay prioridades en la vida. Pensó en la posibilidad de que los ingresos del corporativo hubieran descendido hasta en un veinte por ciento y le pareció risible, pues en ese momento habría cambiado todo —su posición, la casa, los coches, su sueldo, su patrimonio, sus “logros en la vida”...— por una última batalla al lado de cierto bucanero con el que no había tenido contacto en casi siete días.

Su esposa lo sintió temblar bajo sus brazos.

Y supo que, si el sueño que había tenido se hacía real, todo estaría bien. Probablemente porque descubrió que, a las seis horas de la tarde con veinticinco minutos de ese mismo día, había vuelto a estar enamorada. Verdaderamente enamorada. Y, si no fuera por cierta notoria ausencia, hasta se habría puesto a cantar de alegría. Como una niña en su cumpleaños.

Naturalmente, yo me sentí optimista. Porque en el sueño se percibía a una familia de vacaciones. Había una piscina y todos, los cuatro, los dos padres y los dos niños, estaban metidos en el agua. Los cuatro jugaban entre sí. Los celulares sonaban... Y no, yo no tuve absolutamente nada que ver en ello.

La tarde cedió su sitio a la noche.

El hombre del carrito de tamales avanzó por la avenida. Llevaba una radio que tocaba cumbias. No llevaba prisa ni por vender ni por llegar a ningún lado.

Dos niños corrían de la mano. El mayor con una máscara de Iron Man, el menor con un caramelo en la boca. Entraron a la tintorería de su padre. Salieron. Entraron. Salieron.

Un perro lleno de pulgas olisqueó una envoltura de dulce en el suelo. Le metió la lengua. Levantó el hocico al viento.

Dos muchachos enamorados se detuvieron antes de abordar el metrobús. Se rodearon con los brazos. Se volvieron uno y se besaron. El metrobús, por supuesto, no quiso esperar.

Un policía de tránsito se limpió el sudor de la frente. Atisbó a los lados. Miró, como una travesura, su celular. Y un mensaje. Que detonó una sonrisa. Que le hizo sentir deseos de bailar. Que le hizo imaginarse a sí mismo como un tipo afortunado.

Una enfermera increíblemente bonita apuró el paso hacia su trabajo, la mirada angustiada, el bolso apretado contra el cuerpo.

Tres individuos detrás de la ventana de un bar chocaron tres tarros de cerveza, la luz apaciguada y el futuro en las pupilas.

Sonó la música de un organillero.

Se desprendió el picante aroma de los tacos de un puesto destartalado.

El minuto treinta y nueve empujó al treinta y ocho.

Y un niño de once años y una señora de sesenta y dos, de la mano, por la calle, con un algo indescriptible en la mirada, lo contemplaron todo.

Todo.

Y se ubicaron, por apenas un segundo, en ese sitio intemporal en el que no importan ni la salud ni la conciencia ni el amor ni los sueños.

Y ambos recordaron, simultáneamente, que la alegría que sentían al contemplar sus regalos de Navidad era infinitamente mayor a la que sentían al abrirlas.

Y se dispusieron, al mismo tiempo, como si ambos tuvieran edades idénticas y circunstancias idénticas y anhelos idénticos...

...A olvidarlo de una vez y para siempre.

—Yo invito —dijo Gutiérrez, al momento de pagar los refrescos.

—Pues gracias.

Y luego, sin más, el célebre limpiaparabrisas se despidió:

—Tengo algo que hacer —dijo, y dejó a su invitado esperando frente a la puerta del edificio—. No deben tardar —agregó ladeando la cabeza.

Y se marchó con las manos en los bolsillos. Pensando que la señorita del 201 no estaba de mal ver; que él no se había hecho un corte de cabello a conciencia desde hacía ya un tiempo; que tal vez no sería mala idea comprarse un libro; que cómo estaría don Roberto, cómo seguiría de su hernia; que quizá podría ir al cine el viernes con Luis y Gerardo; que esa marquesina era muy bonita y si él fuera pintor usaría esos mismos colores muchas veces en sus cuadros; que, caray, esa música era hermosa y que se quedaría un

rato para preguntar cuál era; que si le decía a su mamá que comprase elotes para hacer pan, y que hacía mucho que no se sentaba en esa banca y...

Y...

Y...

Y claro.

La huidiza y tan perseguida cosa esa llamada felicidad.

—¿Te da gusto volver a tu casa? —preguntó Torreblanca a las ocho y cincuenta y cuatro de la noche, mientras conducía por las congestionadas calles de la Ciudad de México. Era una tormenta en forma. Los limpiadores eléctricos del parabrisas golpeteaban el vidrio rítmicamente. Y Torreblanca, de algún lugar de su mente, sacó la idea de que jamás volvería a ver a través del cristal como lo había hecho antes. Y que la higiene del mismo le parecería, a partir de ahora, un suceso de gran importancia.

—Sí —respondió Mario.

—Pues a mí también me da gusto. Mucho gusto.

En el estéreo sonaba *I Wish You Love* con Rod Stewart. Los autos apenas avanzaban. La lluvia era fragorosa.

Mario pensaba, por lo pronto, en una feliz posibilidad.

—Y dime... ¿descubriste al fin lo que querías? —preguntó Torreblanca, quien se sorprendió a sí mismo canturreando desafinadamente.

Mario pensó que una carta de declaración de amor, en la bandeja de salida de un buzón de correo electrónico, era una promesa de algo.

¿De qué?

“De un montón de cosas”, se dijo. “Cada una mejor que la anterior”.

Y se miró a sí mismo sonriendo en el reflejo de la ventana, en las gotitas que escurrían precipitadamente. Sonriendo como si no

tuviera que pensar en cómo caminar para poder hacerlo. “Pierna derecha... pierna izquierda... pierna derecha”. Se le escapó una mínima carcajada.

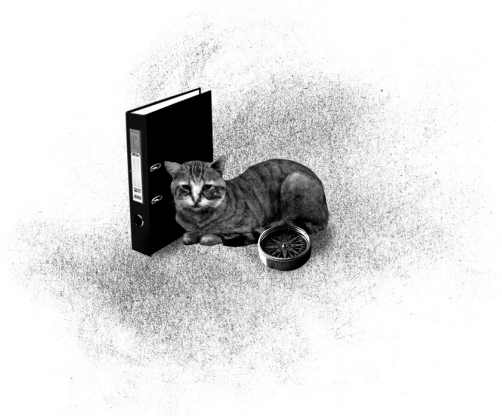
Pensó en cierto cabello, ciertos ojos, cierta falda, ciertas calcetas. Pensó en un profesor, un examen. Otro. Pensó en un amanecer en el Amazonas, un tigre al acecho de su presa, un coro de niños esclavos, el brillo en la mirada de Mónica, el tacto de ese preciso asiento de piel, la risa oculta de su padre, lo simpática que solía ser su madre...

Una gran gran suerte ser sensible a este tipo de cosas.

Y nada que ver con hadas y duendes. Ni con dragones o unicornios.

—No —respondió Mario, ufano.

Mientras su abuelo lo rodeaba con sus brazos y miraba los anuncios de la calle y olfateaba la vainilla del aromatizante y se llenaba el alma de jazz y de magia y de tiempo y de vida —es una forma de hablar, claro— y agradecía con todo, todo, todo su corazón —o lo que sea que ocupe su sitio— el momento, ese momento, ese fugaz y precioso y atesorable momento, como si fuera el último.



Un viejo gato gris mirando por la ventana

“¿Por qué demonios sonríe tanto ese señor?”, se pregunta Mario siempre que ve a Manuel en uno de los cruceros de camino a la escuela. Él lo ha observado detenidamente y está convencido de que aquel limpiaparabrisas es el hombre más feliz del mundo. Decidido a averiguar por qué, a sus once años, Mario toma una decisión que hará que las cosas cambien en su casa para siempre. Pero no estará solo en esta búsqueda, contará con la compañía de su abuelo Humberto, quien tiene una magia especial.

Toño Malpica nació en la Ciudad de México. Hace varios años, por accidente, llegó a la literatura infantil: escribió una novela para niños que no le salió tan mal y, además, lo disfrutó tanto que ya no quiso salirse del pozo de hadas y duendes en el que había caído. Desde entonces, ha publicado más de una treintena de libros; varios de ellos han recibido importantes premios.

Alba Marina nació en San Petersburgo, Rusia; creció en Cuba, y ahora radica en Barcelona, donde estudió ilustración en la Escola Massana. Actualmente se dedica por completo a ilustrar libros para niños y jóvenes, algunos de ellos se han publicado en otros idiomas y han recibido premios como el Nuevos Horizontes, que otorga la Feria Internacional del Libro Infantil y Juvenil de Bolonia.



A LA
ORILLA
DEL
VIENTO

219

Para los grandes lectores